

Precuela

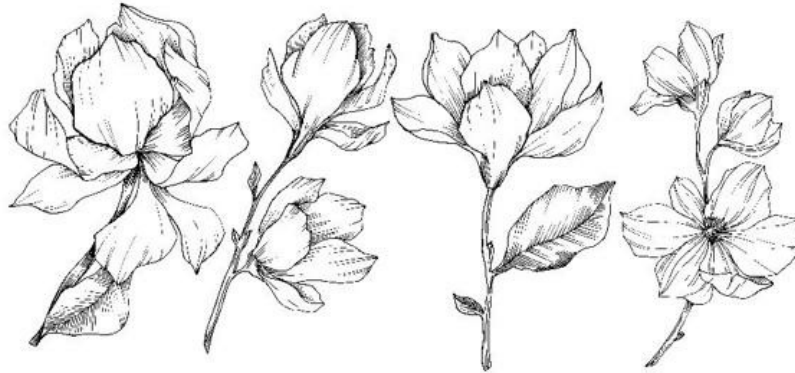
Serie Pecados de Savannah



MAYA R. STONE

PECADOS DE SAVANNAH

PRECUELA



MAYA R.STONE

©Todos los derechos reservados

PECADOS DE SAVANNAH

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

20 años más tarde

Capítulo 1

Savannah, 1987

El edificio del Centro Cívico de Savannah resplandecía de luces y música, envolviendo a los asistentes en un aire de elegancia sureña. La ocasión lo ameritaba: era el baile anual de presentación en sociedad de las jovencitas más encumbradas de Georgia, y la excitación y entusiasmo se veía por doquier.

Tanto que era... agotador. A sus veintiséis años Eleanor Beaumont, había vivido varias de estas galas, y no había nada nuevo para ella hoy. Caminó para acceder al jardín bajo la luz tenue de los faroles, maniobrando con su largo vestido de seda color marfil para que no se ensuciara, disfrutando de la soledad.

El aroma dulce de las magnolias flotaba en el aire, y el sonido de la música proveniente del salón se mezclaba con el murmullo del cercano río Savannah. Era pacífico, agradeció, y respiró hondo.

Entonces el ruido de pasos en el camino esculpido de grava que contorneaba el jardín la hizo mirar. Un hombre alto y de un porte impactante, con el cabello oscuro era el que interrumpía su momento.

Él estiró sus brazos y su traje pareció pegarse a músculos imposible que ella apreció como hipnotizada. Era un desconocido, no le había nunca, y le picó la curiosidad.

Por ello caminó hacia él, observándolo mientras avanzaba y él todavía no la detectaba. Sí, tenía razón, este era alguien ajeno a cualquiera de las familias de Savannah.

Su figura contrastaba con la de cualquiera de sus amistades o conocidos, elevándose varios centímetros sobre ellos. Cuando el peso de sus ojos la midió Eleanor enlenteció su marcha y dudó.

—Buenas noches, señorita. Veo que tuvimos la misma idea.

Si había alguna duda de que este era un norteno, su acento lo denunció, y pareció romper la armonía nocturna. Sonaba extraño, pero en el buen sentido. *Fascinante*, decidió Eleanor, cautivada cuando lo grave de su voz llevó un estremecimiento a su espalda.

—No esperaba ver a alguien más aquí fuera, pero es lógico que una flor necesite estar en su entorno natural—dijo él, y si el piropo era malo, no hizo que él dudara ante la mirada poco impresionada de Eleanor.

Falsa, además, porque... Joder, era sexy a rabiar, concluyó ella, mientras luchaba para que su mirada no lo evaluara de cabeza a pies. No era apropiado, no, pero, ¡ah, la tentación!

Eleanor lo miró sin decir nada por unos largos segundos, aquilatando lo bien que el traje ajustaba su silueta, dibujando bíceps y muslos firmes, y la intensidad de sus ojos azul acero.

—Es un buen lugar para escapar del bullicio—respondió Eleanor, manteniendo un tono pausado, impregnado de su propio acento sureño.

El hombre extendió la mano, y Eleanor, después de una breve vacilación, la estrechó.

—Horace Montgomery —se presentó él.

—Eleanor Beaumont—correspondió ella, retirando su mano con lentitud, y se alejó un paso,

aleccionándose para no perder más tiempo a solas con un desconocido.

Uno bien vestido, sensual, con ojos de predador y un acento que le hacía pensar en cómo se escucharía en la intimidad, pero extraño al fin.

—Encantado, señorita Eleanor Beaumont—hizo una pequeña reverencia con su cabeza, como si estuviesen en la Regencia inglesa, y Eleanor suspiró.

Sí, este tipo de galas debía ser extraña para una persona que venía de una atmósfera tan distinta a la que se respiraba en Savannah. Correspondió el gesto y se aleccionó a seguir su camino para internarse en el jardín. Esto no quitó que luego mirase atrás, justo para ver su ancha espalda ingresando al salón.

Decir que su curiosidad estaba picada era poco, así que volvió sobre sus pasos y entró también, decidida a saber más. No le costó nada encontrar a su hermano Cornelius, quien estaba dando cuenta del que debía ser su tercer whiskey a estas alturas de la noche, imaginó.

—Recuerda lo que te sugirió madre al salir, hermanito. Controla tu sed, no queremos que hagas una escena aquí. Ya sabemos cómo salió eso el pasado mes.

El bufó, aunque bajito, y se encogió de hombros.

—Mi querida hermana, siempre la fiel cancerbera.

El caso era que su hermano se empeñaba en disfrutar de lo mejor de la vida y, a contrapunto con su desdén por la gente sin modales ni dinero, él mismo perdía recato y límites cuando la bebida nublaba la mente. Los rumores de sus deslices y los exorbitantes gastos habían sido usuales desde su adolescencia.

Mas como único varón era el talón de Aquiles de su madre, que lo sobreprotegía.

—Dime, ¿conoces al hombre que charla con Carrington?—preguntó Eleanor, y Cornelius elevó sus cejas y luego dirigió su mirada al sitio en el que ella tenía sus ojos clavados.

Asintió con un gesto de cabeza al ver al señalado, y su gesto soberbio y claramente no impresionado anticipó sus crudas palabras.

—Montgomery, creo que ese es su apellido. La nueva adquisición de Edwin para sus empresas. Llegó desde Pittsburgh. Según me contaron es el nuevo encargado del área comercial —comentó Cornelius, con un toque de desdén en su voz.

Eleanor levantó una ceja. Edwin Carrington era uno de los hombres más influyentes de la élite de Georgia, y que ese norteamericano tuviera su favor era interesante.

Miró de nuevo hacia el centro, donde el ya no desconocido hablaba con su jefe y dos amigos de este con una despreocupación que rozaba la insolencia, y Eleanor leyó la reprobación en los que le rodeaban.

Sí, Horace Montgomery no entendía cómo se hacían las cosas en Savannah, eso le pareció. Los que le observaban esperaban menos expresividad, más respeto, que mostrara su lugar como subalterno.

—Ese tipo no encaja aquí —murmuró Cornelius, mientras lo observaba con inquina, no exenta de desdén.

Eleanor, sin embargo, se sintió atraída por el contraste que el guaperas ofrecía con el resto de la elite del lugar. Aire fresco, eso era Montgomery. Sus hombros amplios, su voz potente, esos ojos intensos y la magnífica postura, tan masculina, denotaban una confianza que no se hallaba entre los hombres de Savannah.

A este hombre no lo arredraban ojos desaprobatorios, narices elevadas o voces altisonantes, y

eso era muy atractivo para una Eleanor muy tradicional en su exterior, pero que gustaba de contemplar las rebeldías ajenas como una muestra de fortaleza de carácter.

Capítulo 2

Horace Montgomery deslizó su mirada se deslizara por el majestuoso sitio. Las luces doradas resaltaban las columnas blancas y el entorno perfecto en el que cada mesa, pieza de adorno y personas parecían situados con una precisión calculada.

Una perfecta síntesis de lo que era esta ciudad. Savannah tenía un encanto difícil de ignorar, pero después de un mes en este lugar, Horace se sentía como un intruso en una fiesta a la que no había sido invitado.

En verdad sí estaba aquí con invitación, se recordó. Carrington le había contratado luego de cuidadosa selección y agotadoras charlas, presuntuoso bastardo que era, y esta noche asistía, también por invitación formal, a la gala característica del sur de Estados Unidos. Era como entrar en un mundo alternativa.

Aunque esto tenía sus puntos favorable, consideró, recordando la figura esbelta y sensual de la mujer del jardín. El cosquilleo de interés había sido abrumador para un intercambio tan breve y formal.

Asintió a lo que uno de los catetos de traje en su grupo decía, sin escucharle en realidad, y deslizó su mirada por el salón, hasta que la descubrió, al lado de un hombre que debía ser de su familia, porque la reminiscencia era notable.

Joder, ¡qué mujer tan atractiva! El cabello castaño caía en suaves ondas alrededor de sus hombros, y su piel resplandecía lechosa bajo la luces. El elegante vestido acentuaba su porte grácil y seguro, y dejaba a la vista y consideración retazos de cuello estilizado y brazos torneados.

Las yemas de sus dedos picaron al considerar lo suave y perfecta que se sentiría su piel. Le recordaba a las actrices de las películas de la Edad de oro del cine que su madre solía ver.

Sus ojos verdes se fijaron entonces en él, y los diez metros que les separaban no aminoraron la intensidad de la mirada, una que contrastó con su postura rígida y su rostro inmutable, reservado.

Eleanor, recordó, saboreando el nombre como si quisiera desentrañar sus secretos a partir de él. Estaba seguro de que podría hacerle gritar su nombre entre gemidos. La fantasía llevó incomodidad a su entrepierna, que se hinchó, interesada en la perspectiva de follar a gusto.

Desvió la mirada y volvió su mente al círculo de hombres que debatía sobre los precios internacionales de sus productos. Aburrido, aunque útil. Carrington le había dicho que tenía que estrechar lazos con los prohombres de la ciudad.

Llevaba un mes en Savannah, y la adaptación estaba siendo más difícil de lo que había anticipado. La gente aquí no era como en Pittsburgh, abierta y directa.

Horace había crecido rodeado de fábricas y gente trabajadora que gustaba de expresarse en alta voz, y gritar los triunfos de sus equipos de beisbol, hockey y fútbol.

Aquí, en cambio, las miradas eran juiciosas, y aunque los saludos eran corteses, Horace sentía que nunca estaba realmente dentro. Era el nuevo, el norteno, el que hablaba muy alto y confrontaba, cuando lo que hacía era ser él mismo, directo, frontal.

El caso más típico era con el mismo Carrington. Aunque este lo trataba con respeto, las

sugerencias de Horace eran recibidas con una sonrisa fría y comentarios evasivos.

Las miradas en los eventos como este le dejaban claro que, para muchos, él no era más que un hombre del Norte, un extraño que no lograría entender las sutilezas del sur. Crecer en el mismo país pero en un entorno diferente parecía una ofensa imposible de redimir a los ojos de esta gente.

Sus ojos volvieron a posarse en Eleanor. Su elegancia era hipnótica, y aunque ella era parte de ese mundo que él no lograba penetrar, su presencia era como aire fresco.

Tal vez era solo porque había despertado su libido, probablemente, pero lo que fuera, le hacía querer conocerla. Entre otras cosas. No tenía caso, se dijo. Una mujer así debía ser una esnob.

Horace apartó la mirada y volvió a observar a Carrington, y se concentró en la conversación. Luego de unos minutos, se excusó, y se dirigió hacia la salida.

Su coche, un Cadillac Seville, brillaba bajo la luz de las farolas, y era un símbolo de su posición y del éxito que buscaba consolidar. Savannah había sido un cambio de aires, una apuesta para ascender, y su apartamento en Ardsley Park era cómodo y amplio, con un estilo refinado y vistas a los robles y magnolias de la avenida.

Tenía lo que había venido a buscar, porque el salario era muy generoso, pero no dejaba de sentirse fuera de lugar.

Se acomodó en el asiento del coche y dejó escapar un suspiro. Estaba decidido a triunfar en este entorno hostil, aunque el camino fuese cuesta arriba. Le sobraba talento y disposición.

Y libido, pensó, apretando su miembro para controlar la semi erección que portaba. La mudanza, el estrés del nuevo puesto, la necesidad de mostrarse competente y a su máximo nivel conspiraban contra su vida sexual y succionaban su tiempo libre.

Aunque no había tenido problemas con esto, hasta esta noche. Mientras encendía el motor y avanzaba por las calles tranquilas de la ciudad, la imagen de Eleanor Beaumont volvió a su mente. ¿La vería otra vez? No podía esperar.

Capítulo 3

La luz de la mañana bañaba el comedor de la mansión Beaumont con un resplandor cálido y confería encanto al desayuno, uno de los pocos momentos en que la familia se reunía al completo.

La formalidad del entorno no dejaba lugar para los murmullos casuales; cada gesto, cada palabra, parecían calculados con meticuloso detalle. La primera comida del día era tan importante como cualquier otro evento social para su madre, y los modales y la postura lo eran todo para ella.

Los panes estaban esponjosos, y mantecosos, la jalea de durazno dulce y fresca, el bacon ahumado y picante a la perfección, los huevos revueltos divinos, el jamón salado y seco acorde a la especialidad sureña, el café fuerte y dulce, todo era una delicia.

Eleanor no podía concentrarse hoy, no obstante, su mente vagando lejos de los protocolos y más cercana a un hombre muy atractivo que la había dejado... Inquieta.

—Lucille, ¿quién era ese norteamericano tan chabacano? —preguntó su madre Clara a la hermana mediana mientras untaba una fina capa de jalea en su tostada, con movimientos suaves y controlados.

Lucille se acomodó en su silla, siempre lista para responder cuando de cotilleo social se trataba. Esto iba, de normal, envuelto en desdeñosa crítica, porque su hermana no era sino una mujer prejuiciosa debajo de sus atuendos carísimos.

Y aburrida, eso creía Eleanor, aunque la quería bien. Es que la pobre no podía soltarse, no cuando su centro giraba en torno a satisfacer a su estirada madre *todo el tiempo*.

—Horace Montgomery. Parece ser que es la brillante adquisición de Edwin Carrington para sus negocios. Por lo que escuché es de Pittsburgh y ni siquiera tiene raíces aquí. Imagínate, mamá, un recién llegado sin linaje intentando hacerse un lugar en nuestra ciudad. Porque, ¿qué otra cosa haría en la gala de anoche? Intentar mezclarse. ¡Patético!

Eleanor levantó la vista de su plato y miró a su hermana, escuchando con atención cada palabra. Lo que Lucille decía lo había escuchado anoche entre susurros y miradas curiosas a las que él había sido indiferente.

Su figura, sólida y bien plantada, asaltó su mente, y con esta la manera casi... voraz con la que sus ojos la habían atravesado como si no importaran las reglas no escritas del sur.

Ese hombre podía traer de rodillas a una dama con pocos remilgos. Claro que ese no era su caso, no.

El norteamericano era sexy y su cuerpo estaba diseñado para atraer miradas y convocar fantasías sexuales. ¿Cómo no sentirse atraída? Se entendía y se daba licencia en esto.

No era una virgen a la espera de un cortejante, lejos de ello, aunque sus ligues, dos o tres, se habían dado en el ambiente menos estructurado de la Universidad.

Ambrose, su padre, dejó el periódico a un lado y miró a Lucille con una expresión de diversión desdeñosa.

—Carrington no contrataría a cualquiera para gerenciar sus empresas. El tal Montgomery vino con muchas recomendaciones y está demostrando tener cabeza para los negocios, y eso es

algo que nosotros, Beaumont, sabemos apreciar —dijo, como si quisiera dejar claro que la inteligencia tenía su propio mérito, aunque el linaje no la acompañara.

Clara entrecerró los ojos, disconforme.

—La inteligencia puede ser valiosa, pero no basta para encajar aquí —replicó, tomando un sorbo de su café. Luego, su mirada se dirigió a sus tres hijas, y su tono se suavizó—. Espero que recuerden esto, queridas. Hay cosas que el dinero no puede comprar.

Lucille resopló como si estas palabras no fuesen necesarias, Augusta, más lejos, bajó su mirada, y Eleanor asintió, aunque una muy leve sonrisa se formó en sus labios mientras su mente vagaba de nuevo hacia la imagen de Horace.

No había nada de malo con fantasear. Él había despertado su curiosidad y deseos que habían estado ausentes, escondidos de la rutina. Cornelius, a su lado, se aclaró la garganta, y como el cateto que era, no evitó hacer un comentario desafortunado e innecesario.

—Nuestra querida Eleanor pareció interesada anoche—bromeó, lanzándole una mirada burlona.

Eleanor le devolvió una mirada firme, pero sus mejillas se sonrojaron.

—No seas ridículo, Cornelius. No es más que un recién llegado —respondió, rodando sus ojos y quitando importancia.

No quería un discurso encendido sobre la tradición. Sabía que debía poner en primer lugar el legado de su familia, pero no veía que fuera malo fantasear con otros escenarios. No es como si fuese a actuar en consecuencia. No era tonta.

+++

Horace observaba a Carrington, quien hablaba con entusiasmo sobre las campañas tradicionales de marketing que habían funcionado a la empresa en el pasado.

La razón por la que lo contrató era porque estas ya no funcionaban bien, ¿o no? Se abstuvo de hacérselo notar, y le dejó extenderse.

La propuesta que le acababa de mostrar y fue recibida con apatía estaba lejos de lo tradicional: era moderna, apelaba al cliente de fines del siglo XX y proyectaba la empresa al futuro.

Suspiró, pensando en que debería dar un rodeo para que sus estrategias fuesen aceptadas. Fingiría ceder, cambiaría dos o tres cosas nimias, las presentaría de nuevo, y ambos quedarían satisfechos. Carrington era astuto y su instinto era muy bueno, mas a veces lo detenía su cáscara social.

—Bien, revisaré lo que me dices y haré cambios para ajustar las ideas—asintió, y salió de la magnífica oficina, centro del imperio económico de Carrington.

Alan, uno de los empleados de su equipo, le siguió hasta su propia oficina, que era la mitad de la del gran jefe. Horace le indicó el asiento a su frente, y él mismo se sentó.

—¿Y cómo le fue anoche en la gala, señor Montgomery? Dicen que es algo único—inquirió Alan con expectación.

Horace dejó escapar una risa breve, recordando las miradas desdeñosas y las sonrisas educadas pero frías que había recibido.

—Es... diferente a lo que estoy acostumbrado —respondió, sabiendo que las palabras no

alcanzaban para expresar su sensación de aislamiento—. La gente aquí parece tener una forma muy particular de ver el mundo.

Alan asintió, inclinándose sobre los documentos.

—Bueno, sí, eso dicen, pero creo que es algo más inherente a la clase con dinero—murmuró, y Horace asintió—. Muchas mujeres bonitas y elegantes, me imagino. ¿Estaban allí las Beaumont? Su belleza es legendaria, al menos eso dicen los periódicos.

—Mm, sí, eso creo. Al menos una de ellas, Eleanor.

El empleado silbó bajito, y a Horace no le gustó nada el brillo de sus ojos y su sonrisa.

—Sí, entre nosotros, la señorita Eleanor Beaumont... es un verdadero ícono de la belleza. Suele acompañar a su padre en las reuniones de negocios, es su asistente, algo así.

Interesante, consideró, despegando su vista para que se perdiera en el paisaje del río Savannah y los barcos que iban y venían. El recuerdo de Eleanor regresó a su mente con una claridad sorprendente.

Sus ojos verdes, profundos y desconcertantes, su elegancia impecable y su porte aristocrático. Entendía que fuese una belleza local reconocida.

—Muy bien—se recompuso del lapsus y abrió la carpeta que tenía en su mano—. Vamos a hacer algunos cambios aquí.

El trabajo lo envolvió, y solo paró para el almuerzo, al que Carrington le invitó. Su jefe le llevó al Olde Pink House, uno de los restaurantes más lujosos de Savannah, para un almuerzo de negocios.

Solo cuando estuvo allí Carrington le comentó que estaban allí para reunirse con Ambrose Beaumont, quien quería hablar de negocios con ellos. Carrington estaba exultante, y sus palabras confirmaron a Horace que esto era importante para él.

Que la suerte parecía estar de su lado se plasmó en la presencia de la bella Eleanor al lado de Ambrose Beaumont. Ella lucía radiante con un conjunto de blusa y falda, y parecía estar concentrada en la conversación con su padre, tomando notas con diligencia.

Cuando estuvieron a su lado, ella levantó la mirada y lo vio, haciendo un leve gesto de reconocimiento. Tras una breve presentación, Horace intercambió algunas palabras con el patriarca de los Beaumont, quien lo evaluó con la mirada antes de volverse hacia Carrington.

—Espero que Montgomery comprenda las particularidades de nuestros negocios. No todos pueden adaptarse a Savannah —dijo, como si su advertencia fuera una prueba para Horace.

Horace mantuvo la compostura y asintió.

—Entiendo, señor Beaumont. La adaptabilidad es fundamental, y estoy aquí para aprender de los mejores.

—Así se habla, joven.

La conversación fue formal y se anunciaron necesidades, intereses y posibles caminos para que ambas fortunas colaboraran, y Horace se sintió en su elemento a medida que se hablaba de inversiones, portafolios y negocios.

La charla no impidió que degustara platos locales exquisitos, aunque sus ojos parecían empeñados en observar cómo Eleanor empuñaba sus cubiertos, como sus pestañas se abatían, como sus observaciones eran inteligentes y atinadas, entre otras cosas.

Al final del encuentro, tenía planes para hacer crecer la fortuna Beaumont y su polla estaba indebidamente afectada. Que Beaumont y Eleanor se marchara primero ayudó a la calma, aunque

su cabeza era un caos. Ambas dos, en especial la que no pensaba.

Joder, ¡esa mujer lo ponía a mil, sin esfuerzo alguno! Solo por existir y exhibirse ante él. Debía irse con cuidado, este tipo de ideas era la que hacía dar pasos en falso a los gilipollas, y él no era uno.

Capítulo 4

Eleanor se sentó y agradeció con una sonrisa a la criada que le sirvió té frío. Mientras se deleitaba con el dulce líquido, sintió los ojos de su hermana Lucille escudriñándola.

Su hermana se deleitaba encontrando detalles para criticarla, en especial frente a su padre. Eleanor no tenía duda de que la mediana de las Beaumont festejaba cada momento en que podía señalar cualquier fallo suyo que la hiciese parecer menos perfecta ante su familia.

Por cierto que Eleanor no se consideraba perfecta, lejos de eso, y no era altiva al respecto, o eso creía, y por ello la actitud de Lucille era cansina.

—¿Qué tal tu encuentro cara a cara con el caballero del Norte? —preguntó Lucille, fingiendo casualidad, mientras hacía a un lado una revista de sociedad.

Eleanor se mantuvo impassible, pero sus manos se tensaron alrededor de la taza de té.

—¿El señor Montgomery? Imagino que papá puede darte más información que yo—respondió, midiendo sus palabras, y sonrió otra vez a Rosemund, que esta vez dejó a su frente un trozo de tarta de nuez y melocotón.

Probó la maravilla dulce y gimió de gusto. Lucille soltó una risita que no alcanzó a sus ojos, y continuó con su tono despreocupado.

—¿Deliciosa, verdad? Oye, sabes que papá es poco locuaz al respecto, y tengo curiosidad por conocer tu opinión sobre él. Almorzaste con él, hablaron...

Eleanor miró a su padre, que bebía su té a cinco metros, sumido en la lectura del periódico. Dio un nuevo mordisco a la tarta y se encogió de hombros, imponiendo al gesto la mayor indiferencia.

—Es un hombre práctico y va al grano. Algo brusco—señaló.

Lucille resopló.

—No se puede esperar fineza de quien debe haber estudiado en la universidad nocturna mientras trabajaba en un empleo de dos dólares para mantenerse. ¿Qué puede entender alguien así de los grandes negocios?

—Seguro más que nosotros, que solo sabemos que esos negocios producen el dinero que gastamos en fiestas y vestidos—dijo Augusta, sonriendo sin un complejo mientras degustaba una tostada, y Eleanor le sonrió.

La querida Augusta, siempre atinada en sus comentarios, aunque estos pareciesen mundanos.

—Por favor, no seas tonta, sabes de qué hablo—dijo Lucille, elevando su nariz.

A esta no le gustaba que le recordaran que no hacía mucho más que disfrutar del capital que su padre gerenciaba. Lo mismo Cornelius, por cierto, que era bastante inútil.

Eleanor, sin embargo, se consideraba distinta. Ella había estudiado porque así lo quiso, y el trabajo junto a su padre era satisfactorio, aunque a veces debía pelear un poco para que este la tratase como a una más entre las empleadas de la compañía y así relegar los comentarios de nepotismo.

Su padre confiaba en ella y en su juicio, pero también era un pelín... Bastante machista, vamos, aunque Eleanor creía estar incidiendo para cambiarlo.

Cada vez que detectaba a una mujer sobresaliente en la empresa la visibilizaba para su padre.

No siempre tenía éxito en su discurso para dar protagonismo a su género, pero había pasado. Dos veces, las dos ejecutivas en ascenso.

—Pues sí que me provoca curiosidad ese hombre del que hablan—dijo Augusta, tomando una manzana de la mesa y mordiéndola sin preocuparse por las miradas de reprobación de su madre.

Esta ya se había acostumbrado a las excentricidades de Augusta, pero nunca dejaba de remarcar lo poco adecuada que era su actitud.

—Es un simple hombre de negocios—dijo Eleanor, contestando con un tono más relajado.

Augusta preguntaba por sana curiosidad, así era ella.

—Ah, pero Jolene—Una de sus amigas, la que menos le gustaba a su madre Clara—. Dice que tiene un Cadillac impresionante. Y que es muy atractivo —comentó Augusta con una sonrisa—. ¿Tú qué dices?

El sonido de la silla apartándose anunció que su padre se retiraba, y su madre las miró con reprobación, sus ojos diciendo que no estaba nada conforme con su diálogo, pero debía charlar con su esposo. Probablemente necesitara más efectivo, alguna joya, algo así.

Cuando estuvieron lejos, Eleanor se dio vuelta y sonrió a la pequeña Beaumont. Disfrutaba de su desinhibida frescura, y con ella se sentía libre para ser un poco menos prudente.

—Oh, no diría que es atractivo. Es... interesante, en un sentido tosco—dijo, sintiendo que podía hablar con mayor libertad, incluso estando Lucille.

Esta prefería dejarla en evidencia en el acto y con sus padres, y no ir con el chisme. Todo lo que hizo ahora fue lanzarle una mirada reprobatoria que Eleanor ignoró.

Augusta era la única persona con la que podía hablar sin preocuparse demasiado por aparentar, y no iba a desperdiciar esa oportunidad.

—Jolene dice que escuchó a su madre... ¿Recuerdas que ella trabaja con Carrington? Buenos, pues hablaba con una amiga, y ambas estaban muy impresionadas por sus músculos, el color de sus ojos...

—Muy inapropiado comentario, pero ¿qué esperar de alguien que se divorció a los tres años de su boda?—dijo Lucille, desdeñosa, y Augusta se ruborizó, y frunció el ceño.

—¡Su esposo era un hombre violento! ¡Jolene me lo dijo!

—Tonterías, eso es algo que no se puede comprobar. Jolene era una bebé, ¿cómo podría...?

—Suficiente, Lucille—intervino Eleanor, acudiendo en ayuda de la indignada Augusta—. No estamos en la época victoriana y no es la primera mujer que conoces que se divorcia. Harías bien en cuidar tus expresiones. El karma...

Lucille resopló y se incorporó, retirándose sin más comentarios. Si algo la ponía de malas era la mención de cosas como el karma, el destino, el vudú. La tonta era supersticiosa, aunque no era raro, considerando la historia de la ciudad en torno a fantasmas y otras zarandajas.

—Anda, Eleanor, dime la verdad, ¿es apuesto?

—Pues sí, lo es—dijo, pero negó ante la mirada entusiasta de Augusta—. Es un dato objetivo, nada más. Papá se reunirá otras veces con él, y yo asistiré, y no quiero tenerlas a ti y a Lucille incordiándose por ello. Nada va a pasar.

—Eso no lo sabes tú—dijo Augusta, y sonrió—. Ese tipo de hombres que se han hecho a sí mismos van por lo que quieren. Eso me gusta.

Sí, Eleanor podía ver el atractivo de esto, pero desde lejos. Cero intenciones de complicarse o desgastarse con alguien que solo traería dificultades y oposición familiar.

Pero, ¡joder! ¿por qué estaba considerando esto? Era ridículo. Ridículo. Lucille y Augusta la estaban haciendo pensar en tonterías.

+++

Horace revisaba los números de la propuesta en la que había estado trabajando para negociar con el grupo Beaumont cuando su jefe ingresó a su oficina, sin anunciarse, como era ya costumbre.

Traía la mirada fija en un documento. Sin apartar la vista del papel, Carrington le lanzó una advertencia, en verdad la misma que le había hecho esta pasada semana con distintas palabras:

—Montgomery, recuerda que Ambrose Beaumont no es un hombre que se impresiona con facilidad. Es terco como una mula. Si queremos lograr esta fusión, tendremos que convencerlo de que le haremos ganar mucho dinero, y te debe ver como un hombre digno de su respeto. Y con nosotros los sureños, la sutileza es la clave.

Horace asintió, manteniendo una expresión neutra, aunque en su interior pensó que era agotador el tener que proceder con tanto cuidado. Los negocios eran simples, a su juicio.

Las sutilezas no eran su punto fuerte; prefería hablar claro y directo. Sin embargo, Carrington tenía razón; para que la propuesta de negocios fuera aceptada, tendría que hacer concesiones.

—¿Algo específico que deba saber sobre él? —preguntó, intentando sonar diplomático.

Carrington se acomodó en su asiento, apoyando las manos sobre el escritorio.

—Beaumont no es reacio a los cambios, pero no le gustan los que vienen de fuera. Piensa que los georgianos, y en especial los de Savannah, sabemos mejor qué conviene a nuestra gente. No siempre es así, soy más pragmático—agregó—. Debes lograr que visualice que esta integración beneficiará sus negocios y que esto no irá en detrimento de su control sobre su patrimonio. Que interprete las concesiones como necesarias pero no de fondo. No hay nada peor que un sureño afectado en su orgullo, por más que nade en dinero.

Horace reprimió un suspiro exasperado y asintió. Hacer negocios en Savannah era un juego de equilibrios que por momentos le resultaba agotador.

No había llegado a su posición actual siendo un hombre complaciente que se inclinaba ante la opinión de otros, pero también entendía que para avanzar, tendría que jugar bajo sus reglas, o al menos pretenderlo. Carrington le pedía que moderara el tono, no el fondo de los negocios.

Horas más tarde Horace se dirigió al sitio donde Carrington había arreglado una comida de negocios con Ambrose Beaumont. Otra vez. Parecía que los acuerdos acá se gerenciaban en torno a la comida o los eventos.

Ambrose Beaumont llegó con Eleanor a su lado. Hermosa y apetecible, tomó notas y respondió a los requerimientos de su padre con la dedicación de una asistente experimentada que además entendía de lo que se hablaba.

Carrington y Beaumont comenzaron una conversación formal sobre el estado del mercado y las oportunidades de expansión. Horace se unió a la charla, dejando que su mente se mantuviera fija en el propósito del encuentro.

Aunque Eleanor estaba justo al lado, y su fragancia floral era deliciosa, y sus curvas se sugerían rotundas debajo del trajecito sastre que vestía, él mantuvo su atención en los números y en las palabras calculadas que Beaumont lanzaba.

No pudo evitar, de vez en cuando, el que su mirada se desviara hacia ella, en especial cuando hablaba, y Horace veía su boca articular y su gilipollas cabeza la imaginaba haciendo otras... actividades.

Se ordenó calmarse. No era un lujurioso que veía a las mujeres como objetos, joder. No le había pasado esto antes. Este... obsesivo interés por una mujer.

Ella no era una secretaria o una taquígrafa, era una heredera inmersa en los asuntos económicos de su familia. Y lo hacía con elegancia y distinción.

Carrington le dio un codazo sutil, llamando su atención, y se maldijo por haber dejado que sus pensamientos mundanos le distrajeran.

—Por supuesto que Horace puede hacer eso, Ambrose. El hombre no te lo dirá, y no por falsa modestia, pero es un tiburón de los negocios—respondió en su nombre a algo que Beaumont preguntó.

Sonrió de forma circunstancial, y se obligó a focalizar en el millonario y echar mano a lo que hubiera de sutileza en su interior. No lo debió hacer mal, porque al final de la reunión Carrington y Beaumont se despidieron con una sonrisa diplomática, dejando claro que si bien quedaba camino por recorrer, estaba interesado.

Eso era bueno, muy bueno. Ajustar números y tiempos era posible, todo era negociable y Horace confiaba en su capacidad. Lo único que se le estaba escapando de control era su interés en esa mujercita.

Se conocía, era impulsivo. Debía trabajar para evitar hacer alguna tontería. Debía olvidarse de esos ojos verdes que lo tenían cautivado y le tentaban recordándole que la ciudad tenía más para ofrecerle, más allá de los negocios.

Capítulo 5

Eleanor estaba feliz de que su padre le diese lugar para desarrollarse y aplicar lo que había estudiado. Ambrose Beaumont era estricto y chapado a la antigua en muchos aspectos, pero la adoraba, y confiaba en su criterio y olfato.

En parte debía ser porque había perdido la esperanza de que el único descendiente varón asumiese sus funciones, porque Cornelius era displicente y licencioso.

Eleanor no tenía un puesto gerencial, algo reservado para los hombres, pero confiaba en que esto cambiaría. Su preparación la hacía invaluable como asistente de negocios, permitiéndole manejarse con soltura en reuniones y discusiones de alto nivel.

El paso de Eleanor hacia un rol más activo y no como mera socialité, el que parecía ser el destino de muchas mujeres de su clase, abrió camino para que Augusta, que siempre había tenido intereses artísticos, estudiara Historia del Arte y Decoración de Interiores.

A su propio ritmo y con pausas frecuentes, porque a diferencia de Eleanor, Augusta no tenía prisa, y si su madre se mostraba más indulgente con ella, a pesar de la severidad con la que la criticaba, era porque no la veía como una amenaza a las tradiciones familiares.

La impecable Clara Beaumont no veía con buenos ojos que su hija mayor trabajara en un ambiente *de hombres y para hombres*. Lucille había seguido el camino que se esperaba de ella, dedicándose a los eventos de alta sociedad y cumpliendo con el rol tradicional de dama de Savannah.

Pero envidiaba la cercanía de Eleanor con su padre, y eso la volvía agria y competitiva. Por ello Eleanor buscaba ser inmaculada en su trabajo y no sembrar dudas en la mente de Ambrose.

Lo que era un problema estos días, porque ese hombre... Horace... Se le estaba convirtiendo en una imagen recurrente, fruto de encuentros repetidos. Era un suplicio mostrarse profesional cuando ese perfume varonil se le metía por las narinas y la enervaba.

Similar efecto tenía su voz en su piel. O su mirada, observadora y caliente. ¿Cómo no admirar su inteligencia, la capacidad para negociar con un hombre difícil, tradicional y desconfiado como era su padre? Y ello sin perder la compostura ni mostrarse genuflexo.

Hoy tendría otra dosis de él, por cierto, solo que en territorio de Carrington. Había tenido cuidado de usar uno de sus atuendos de falda y chaqueta habituales, así como no abusar del maquillaje ni las joyas.

Lucille la vigilaba, lo presentía, mostrándose más y más interesada en la fusión que se estaba gestando. ¡Cómo si entendiera algo, la cateta! Era solo para molestarla y mantener a su madre lanzando advertencias, para que Ambrose no le quitara ojo de encima. Era frustrante.

—¡Bienvenidos! Adelante, por aquí—dijo el secretario de Carrington, quien los condujo a una sala privada—. ¿Les gustaría café o té? Tenemos también...

—Un café, por favor —respondió Ambrose, cortando al hombre, repantigándose en el cómodo sillón de un cuerpo.

—Un té, gracias—dijo Eleanor, con una sonrisa cortés.

Mientras esperaba, no pudo evitar que su mente se adelantase al encuentro. Montgomery estaría allí, y aunque la idea de verlo de nuevo alentaba mariposas en su estómago, se instó a no

dejar traslucir su atracción.

Ambrose esperaba compostura impecable y una conducta que reflejara las tradiciones de la familia. Y eso le daría, nada menos, no importaba lo mucho que ese nortño le gustase.

+++

Horace estaba sentado en la sala de conferencias de Carrington, revisando algunas notas antes de la llegada de Beaumont. Edwin le había dado un par de consejos adicionales sobre cómo comportarse:

Ambrose tiene sus reservas. Sé paciente y permite que él guíe la conversación. No te enerves, no dejes que la frustración te gane.

Horace asintió, guardando comentarios. Estaba acostumbrado a lidiar con empresarios difíciles, pero nunca con alguien tan resistente al cambio como Ambrose Beaumont.

Debía mostrarse flexible cuando todo en su naturaleza le gritaba que tomara las riendas y le presentara a Beaumont las cifras sin más rodeos. Se echó atrás y respiró hondo. *El largo plazo, Horace, sin impaciencias.*

Dos minutos más tarde le anunciaron que le esperaban en la sala de convenciones, y allá fue.

—Buenas tardes, señor Beaumont, señorita Eleanor, bienvenidos.

Los ojos de Eleanor se cruzaron con los suyos por un breve instante, y Horace leyó intensidad allí. Oh, lo que él podía intuir debajo de esta mujercita ordenada, compuesta, elegante y formal.

El placer que podría encontrar en seducirla, en despojarla de su mítica sureña y ... *Regresa a la realidad y cálmate, gilipollas calentón*, se instó.

La reunión avanzó con lentitud, y Horace se concentró en adaptar su presentación al ritmo impuesto por Beaumont. Sin embargo, de vez en cuando, su vista volvía a ella.

¿Por qué le afectaba así? Horace había tenido varios devaneos y ligues sin mayores consecuencias. Disfrutaba de la compañía femenina, ¡y cómo! pero nunca había dejado que las cosas se volvieran serias.

Dos compañeras de trabajo, se habían repartido su atención en los años en que trabajó en Pensilvania, pero como citas ocasionales; relaciones sin ataduras, perfectas para un hombre enfocado en su ambición.

Su visión de futuro siempre había estado ligada al éxito profesional, y cualquier cosa que lo desviara de ese camino carecía de interés para él. La diversión y las citas eran un modo de pasar el tiempo ligero y sin compromisos.

Eleanor, sin embargo... Se le estaba metiendo bajo la piel. Aunque la atracción sexual era innegable, Horace se sentía intrigado por ella de una manera más profunda.

No era solo su belleza, sino la manera en que su inteligencia y gracia parecían fusionarse en cada gesto. Eleanor no solo despertaba su deseo, sino también su respeto; era como... Como el "combo completo" que no había encontrado, o deseado en ninguna otra mujer.

El desafío que ella representaba parecía un afrodisíaco. Envuelta en las tradiciones sureñas y al mismo tiempo con una mente moderna, hacía que Horace sintiera su sangre y su polla hervir, y sus noches se habían llenado de frustrados orgasmos unipersonales.

—¿Montgomery?—dijo Beaumont, y Horace sonrió en automático y se abocó a trabajar, como debía.

Maldita obsesión vuelta mujer y en la sala, le estaba haciendo tropezar. A él, que no era sino el ejemplo de un hombre enfocado en el éxito.

Capítulo 6

El evento benéfico en el club social de Savannah era igual de formal que los otros a los que había acudido desde que llegó. No había espacio para relajarse y disfrutar, había que estar en pose, y Horace estaba cansado de eso.

Joder, había tenido su cuota parte de reuniones y fiestas en el Norte, pero nada como esto. Aburrido, en definitiva, si no fuera porque él tenía sus intereses picaneando su mente.

Intereses laborales y otro... Acuciante desde lo biológico, le gustaba llamarle. Su cuerpo hervía de necesidad de desahogo sexual, y la única capaz de satisfacerlo de verdad estaba en foco en este instante.

Sí, Carrington lo había instado a venir porque veía necesario que Horace afianzara su presencia entre los poderosos de Savannah, pero lo que a este empujó más fue la oportunidad de ver a Eleanor fuera del ambiente controlado de las oficinas y los negocios.

Y allí estaba ella, luciendo impecable en un vestido esmeralda que resaltaba el color de sus ojos. Se movía con una gracia felina, parecía flotar entre los invitados, y Horace decidió que tenía que encontrar el momento adecuado para hablar con ella sin interrupciones.

Ese cuerpo, esa boca, le llevaban loco, y necesitaba actuar en consecuencia. No era tonto, no iba a mostrar sus cartas con la belleza sureña, pero quería verla a solas y charlar, notar si lo que le pareció leer en sus ojos y en las miradas que ella le lanzaba no eran mensajes que malinterpretó.

La oportunidad se le presentó cuando vio que salía hacia el jardín, y allí se dirigió presto. La encontró bajo un roble, observando las luces de la ciudad. No se acercó de inmediato, prefiriendo mirarla, apreciando en detalle la exquisitez de su cuerpo pleno de curvas que eran imágenes más eróticas que las de una peli porno.

Sí, ella lo ponía a mil sin sacarse una prenda, solo con ver sus dedos largos rozar el cuello al tomar el mechón de cabello suelto para acomodarlo detrás de la oreja Horace estaba duro como un rodillo de metal. Esta mujer le volvía un jodido niño calentón.

Se detuvo a un par de pasos de ella y esperó hasta que notó su presencia. Eleanor giró su rostro y miró por encima de su hombro, posando sus ojazos sobre él, que entrecerró los suyos, fijos en ella.

—Señor Montgomery, buenas noches.

—Horace, por favor. Ya han sido suficientes formalidades.

Se acercó más para quedar rozándola con su bíceps, y ella no se apartó ni demostró molestia o desagrado.

—Esto de encontrarnos en jardines se está volviendo costumbre.

—Las fragancias y la brisa fresca, además del silencio, son bienvenidos cuando...

—¿El ruido y la pomposidad son abundantes?—dijo ella, sonriente, y él asintió.

—Sin ofender, estas galas pueden ser...

—Entiendo que para un extraño a nuestras costumbres estas le resulten opresivas.

—¡Ajá, así que no imaginé eso! De verdad, hay momentos que parece que caí en medio del set de *Lo que el viento se llevó*.

—Horace, es un poco presuntuoso de su parte querer jugar a ser Rhett Butler.

Sonrieron ambos, y Horace sintió que conectaban, de verdad.

—Pues tú eres la perfecta Scarlett O'Hara—dijo, y ella elevó su ceja y un leve rubor encendió sus mejillas—. Preciosa, inteligente, decidida.

—Me abruma, Horace. Pero gracias.

—No hay más que verdad en mis palabras de aprecio.

Eleanor asintió, sin apartar la mirada. Horace avanzó más, y ella se tensó, pero no retrocedió. Ese pequeño gesto, tan sutil, le dio ánimos para continuar.

El ambiente entre ambos estaba electrificado, sensación que él percibía desde la primera vez que la vio.

—Me alegra poder tener este momento a solas para conversar—dijo Horace—. Y como no durará y no sé cuándo volveré a verte, o si tendré la oportunidad de hacerlo, quiero ser honesto, Eleanor.

Se movió para ponerse frente a ella, y la vio hacer un pequeño puchero con su boca y luego morderla, como si estuviese pensando en qué decir o hacer, y por si una de las ideas en su mente era dejarle aquí solo, se apuró a hablar:

—Desde la primera vez que te vi, me he sentido... intrigado. Interesado. Me pareces bellísima, además de elegante e inteligente.

Ahí estaba, cero sutileza y estrategia, un bulldozer tirando abajo convenciones, quemando etapas y exponiéndose, como le gustaba.

A por todo, joder, que la vida era corta y el que no apostaba, no ganaba.

Eleanor lo miró, parpadeando, sorprendida por su confesión. Horace aprovechó para acercarse un poco más, pegando la punta de sus zapatos a los tacones femeninos, y sintiendo el ritmo de su respiración.

—¿Intrigado? —preguntó ella, susurrando, como si el peso de la palabra la cautivara.

Horace asintió, sin apartar la mirada de sus ojos. Podía ver el brillo en ellos, el leve rubor que se asomaba en sus mejillas.

—Sí. Eres... diferente. Más regia que el resto de las damas de ahí adentro, y real. Y eso me gusta—confesó, sus palabras fluyendo sin esfuerzo.

Eleanor se mordió el labio y llevó una mano a su pecho, y esto la hizo ver nerviosa y fuera del papel de inconmovible beldad. Sus defensas bajaban.

—Horace... esto es complicado —susurró ella, pero estas palabras sonaron a triunfo para él, porque no había un desaire, un retroceso airado u ofendido, no.

—¿Lo es? —preguntó él, inclinando su cabeza para quedar muy cerca del rostro de una Eleanor agitada—. Yo lo veo simple. Una mujer y un hombre que se atraen... ¿No es eso lo que pasa aquí?—dijo, buscando la respuesta femenina—. Es tan viejo como el mundo mismo.

Se quedaron en silencio, tan cerca que su perfume lo envolvía como un lazo y su respiración golpeaba su piel, los ojos conectados. Horace no pretendía forzar nada, y en este momento, el siguiente paso dependía de Eleanor.

Se permitió disfrutar de su cercanía, de la tensión entre ambos, sin presionar, esperando que ella tomara la decisión.

Eleanor bajó su mirada y, durante un instante, pareció debatirse internamente. Pero luego volvió a levantar la vista, y lo miró con una expresión que mezclaba vulnerabilidad y

determinación.

—También me interesas, me... gustas—dijo, y carraspeó, muy ruborizada, pero sin dudar—. No estoy buscando una relación, de hecho, esta sería... Inconveniente, por decirlo con suavidad. No puedo permitirme...—susurró ella, y Horace asintió, exultante.

Sí, sus palabras traslucían lo que ya sabía: él no era material atractivo para una millonaria como Eleanor, aunque ella no lo dijo con suficiencia ni afán de lastimar. Había un mensaje ambiguo: él le gustaba, pero no habría más que juego entre ellos.

Horace no necesitaba más que esto, por cierto. No estaba buscando una esposa, sino apagar el fuego que ella había encendido en él, y la posibilidad estaba al alcance. En las frases de Eleanor había tanto una advertencia como una rendición.

+++

Eleanor se había permitido unos minutos para salir al jardín, buscando un respiro de la asfixiante formalidad de la gala. El aire fresco y el aroma de las flores nocturnas la envolvieron para devolverle un poco de serenidad, pero no duró mucho.

Sintió la presencia de Horace Montgomery antes de verlo, como si su cuerpo reaccionara a su cercanía de forma automática. Cuando lo vio allí, junto a ella, su corazón se aceleró.

Al principio, se tensó, y le costó mantener la compostura y cuando él forzó la mano al abordar y dar nombre a esa corriente intensa que existía entre ambos... Sintió que las reglas de comportamiento aceptables perdían sentido.

Esa voz baja, grave, despertaba los vellos de su espalda y sus antebrazos, la mirada la encendía y ponía sus senos y su intimidad en alerta. ¡Era tan extraño!

Ella no era de reacciones tan viscerales... Hasta que él llegó a Savannah. Horace parecía atravesar las barreras que había construido y se complacía en desestabilizarla.

No era adecuado. Su madre y Lucille reaccionarían con horror y desdén, su padre estaría indignado, sus amistades no entenderían y se cerrarían en bloque para hablar de ella y volver su vida complicada. Y la de este hombre que la miraba con seductora sonrisa y seguridad en su postura.

Horace hablaba, y aunque sus palabras eran suaves, sentía el peso de cada una de ellas. No estaba jugando. No era uno de esos encuentros triviales que había tenido con otros hombres en el pasado.

Él le hablaba de una manera que la hacía sentir vista, apreciada, y eso era tan tentador como peligroso. Sentía el calor de su proximidad, el sutil aroma a madera y especias que emanaba de él, tan diferente a las fragancias a las que estaba acostumbrada en los hombres de Savannah. Era más crudo, más real.

Sus manos parecían querer alcanzarla, y aunque no la tocaba, Eleanor se sentía envuelta en su presencia. Cada parte de ella gritaba que debía retroceder, que esto era un juego peligroso que podía arruinar su posición, su relación con su familia, su lugar en una sociedad que no perdonaba con facilidad.

Pero el deseo de ceder, de dejarse llevar, era igual de fuerte. Eleanor sabía lo que estaba en juego. Sabía que las habladurías podían destruir más rápido de lo que uno podría imaginar.

Y, sin embargo, ahí estaba, sin moverse, sin encontrar la fuerza para alejarse. El interés en los

ojos de Horace la desarmaba, y la forma en que la miraba, con ese deseo palpable, hacía que cualquier resistencia se volviera insignificante.

—Horace...—susurró, sin saber qué más decir, sin poder encontrar las palabras necesarias.

Sin poder decir no, y volver al salón. Como una mosca en la tela de una araña. Él no dijo más, solo mantuvo su mirada fija en ella, como si esperara a que tomara la decisión.

Y Eleanor sintió, por un instante, que podía perderse en esos ojos, olvidarse de lo que sabía, de lo que debía ser. Y cedió, confesando que le interesaba, que le gustaba, aunque no podía permitirse una relación con él.

Sonó mezquina a sus propios oídos, pero estaba a caballo entre lo que quería, que era él, Horace, y lo que debía, que era mantenerse alejada.

No hubo más palabras, y con un esfuerzo que no supo de dónde sacó, Eleanor se alejó un paso, respirando hondo para recobrar la compostura.

Horace no intentó detenerla; respetó el espacio, y esa consideración solo hizo que el deseo de acercarse volviera con más fuerza.

—Debo regresar al salón —dijo, aunque su voz temblaba, traicionando sus sentimientos.

Horace asintió.

—Ya veremos cómo seguir—indicó, confiado, y la dejó ir, pero Eleanor sintió el alivio de que este no sería el principio y final para ambos. Era un adiós temporal, una pausa en una sinfonía que apenas estaba comenzando.

Cuando regresó al salón, sintió miradas sobre ella, pero ninguna era tan penetrante como la de Lucille, quien la observaba con una mezcla de curiosidad y sospecha.

Eleanor, sin embargo, fingió calma. No podía permitir que Lucille percibiera el torbellino que se había desatado dentro de ella. Mantuvo la barbilla en alto, se enderezó y recorrió la sala, como si no hubiese pasado nada.

Augusta estaba inmersa en una conversación superficial con una de las esposas de un comerciante local, y hacia ella fue Eleanor. Apenas llegó a su lado, su cuerpo se relajó al estar cerca de alguien en quien confiaba.

Su hermana menor siempre había sido su aliada, su puntal, el único miembro de la familia que parecía comprender las complejidades de su mundo interior.

Y esta noche no falló, lanzándole una mirada de complicidad, como si supiera que algo importante acababa de suceder.

—¿Todo bien? —le preguntó en un tono bajo, de forma que solo Eleanor pudiera escucharla.

Eleanor asintió, intentando esbozar una sonrisa, lo que logró acudiendo a años de experiencia en estas galas. Su cuerpo vibraba, no obstante, y su mente daba vueltas, envuelta en una especie de niebla donde reinaban unos ojos oscuros y una sonrisa magnética

Capítulo 7

Horace estaba inmerso en los últimos detalles de la propuesta de negocios final, revisando los puntos que había ajustado para adaptarse a las demandas de Beaumont.

Había trabajado en esto toda la semana, y aunque sabía que el éxito de esta negociación era clave para su carrera, no lograba evitar que su mente se desviara hacia Eleanor.

La imagen de su sonrisa, sus curvas, las palabras con las que reconoció que le interesaba, para luego casi huir sin más, le distraían. Quería verla, le urgía concretar un desahogo para la atracción que les obsesionaba. Así era su caso, pero no creía que ella fuese diferente.

Intentando sacársela de la cabeza, se reprendió con dureza; necesitaba concentrarse. Eleanor era una desatención que no podía permitirse. En ese momento, Carrington entró en la oficina, con un sobre en la mano.

Se veía relajado, y Horace aprovechó para darle un informe rápido sobre las modificaciones que había hecho a la propuesta.

—He ajustado algunos términos para que Beaumont se sienta más cómodo —explicó—. Añadí más flexibilidad en la fase inicial de la fusión para asegurarle que tendrá control sobre ciertos aspectos. Espero que su resistencia disminuya con estos cambios.

Carrington asintió.

—Excelente—dijo, abriendo el sobre y extrayendo una carta labrada y colorida—. Pff. Parece que la hija menor de Ambrose ofrece una exhibición de su arte este fin de semana —comentó, frunciendo el ceño—. Augusta, creo que se llama. Un espíritu demasiado libre para mi gusto.

Horace elevó sus cejas, desconcertado por el comentario. No sabía mucho sobre la familia Beaumont más allá de Eleanor y Ambrose, y su interés se despertó de inmediato.

—¿Augusta? —preguntó, fingiendo desinterés mientras trataba de saber más.

—Sí, ella. La menor de las tres. Beaumont consiente demasiado a sus hijas. A él ni siquiera le gusta el arte, y menos estas zarandajas contemporáneas. Hay un torneo de golf el mismo día y de seguro irá. Yo lo haré—añadió Carrington, mirando el folleto con desdén.

Horace se dio cuenta de que esto podría ser una nueva chance para él, la oportunidad perfecta para ver a Eleanor y dar un nuevo empujón.

—A mí me gusta la pintura moderna, es...

—No se diga más, ve en mi nombre—dijo Carrington—. Continúa integrándote, y eso me traerá negocios, muchacho.

—Por supuesto—asintió, y sonrió para sí.

Oh, esto sería bueno. Se encargaría de ello. La excitación le hizo hervir la sangre, y sus ojos no vieron los números por un buen rato, mientras hacía planes para dar un paso grande la próxima vez que tuviera a Eleanor Beaumont a su alcance.

+++

El sábado Horace llegó a la galería donde se realizaba la exposición de arte y tomó una copa de champagne apenas entró, sorbiendo con calma, y evitando la mueca de desagrado.

No había como una buena cerveza, o un whiskey, en su defecto, pero la pomposidad iba acompañada de ritos, y el Dom Perignon era uno.

No se apuró a ir a su objetivo. Como el hombre avezado en negocios que era, se limitó a vagar por el sitio, saludando acá y allá y a intercambiar algunos comentarios sobre las obras expuestas.

Su mirada se abocó a contemplar la más exquisita, la que circulaba por el centro del gigantesco salón en forma de rectángulo, dividido por esculturas. Su vestido negro de satén le sentaba como un guante, y su cabello suelto caía sobre sus hombros, dándole un aire de sofisticación irresistible.

Cada vez que Eleanor se movía, los hombres a su alrededor parecían incapaces de apartar la mirada, y eso despertó en Horace algo que no había esperado ni sentido antes: celos.

Posesivos, ardientes. Esa mujer que miraban era suya, quiso gritar, como un gilipollas. Ni siquiera la había besado, sus brazos no la habían encerrado y apretado contra sí, su polla todavía no se había perdido en el calor de su intimidad.

Algo que debía remediar, cuanto antes. Cuando la vio acercarse para apreciar una pintura en detalle, se posicionó a su lado con parsimonia, sin pretender mirar la obra con interés que sería fingido. Estaba aquí por ella.

—Eleanor—le dijo, y ella giró su cabeza con sobresalto, para luego desplegar la sonrisa más honesta que le había visto dibujar en su cara.

Observarla tanto en los pasados encuentros hacía que pudiera reconocer su máscara social. No era esta la que lo veía ahora.

¿Era pedante pensar que ella le mostraba una parte de sí que los demás desconocían? Como fuera, le gustaba creerlo.

—Horace... No esperaré verte aquí... Pero me alegra—dijo.

Abatió sus ojos con coquetería, pero no había ensayo en eso, estuvo seguro. Era sensual por naturaleza, joder.

—También a mí. Supe de la exposición de tu hermana y me pareció adecuado venir.

—Sí, es mi... Augusta —dijo Eleanor, y una sonrisa orgullosa apareció en su rostro—. Tiene talento, aunque su estilo es un poco audaz para el gusto de mi familia. O de muchos de nuestros amigos.

Horace sonrió, dejándose llevar por la naturalidad con la que Eleanor hablaba de su hermana. Le gustaba verla así, relajada, mostrando un lado de sí misma que hasta entonces solo había adivinado.

—Me gusta—dijo él, ahora sí mirando la pintura, que era una mezcla de colores furibundos en los que creyó distinguir un paisaje. No mentía, era un cuadro alegre.

Sus miradas se encontraron de nuevo, y esta vez Horace sintió un chisporroteo casi palpable. Levantó la copa de champaña y la rozó suavemente contra la muñeca de Eleanor, provocando que un ligero estremecimiento recorriera su cuerpo.

Ella miró a su alrededor de manera casual, como si temiera que alguien los estuviera observando, pero no se apartó. La edad promedio de la multitud aquí era algunas décadas más joven de la que circulaba en las galas que había ido hasta ahora, por lo que era un ambiente más relajado.

—¿Te parece si buscamos un lugar más tranquilo? —le susurró él, su voz baja y cargada de

intención.

Eleanor desmesuró sus ojos, y luego los entrecerró, como si evaluara la propuesta, y no se apartó. *Joder, esto es un subidón*, pensó Horace, que no podía dejar de mirarla.

Su fino cuello que devenía en un escote que anunciaba tesoros escondidos, sus caderas, las piernas largas torneadas que se estaban demorando en envolverlo, porque las quería ayer rodeando su cintura.

Cuando la cabeza subió y bajó en asentimiento, y ella caminó hacia una puerta cercana, Horace sintió el momento como un triunfo, la confirmación de que Eleanor lo deseaba tanto como él a ella.

Los tacones resonaban con ritmo adelante y le condujeron hacia una sección más apartada de la galería, donde unos paneles creaban pequeños espacios privados.

Sin más preámbulos, Horace caminó rápido y la tomó con suavidad de un brazo para guiarla detrás de uno y no perdió tiempo en tomarla entre sus brazos y besarla.

Sus labios envolvieron los femeninos y el mundo a su alrededor desapareció. El sabor de su boca, el calor de su piel, la suavidad del satén que acariciaba mientras la sostenía, todo se mezcló en un torbellino de sensaciones que lo envolvió por completo.

Labios suaves como pétalos de rosa, dulces como el té que tomaban en toda Georgia, pulposos y tibios. Eleanor era un paraíso de mujer que se adhirió a él sin prejuicios, dejándole notar sus elevaciones, y logrando que la masculina se hiciera obvia contra su cadera.

Ella se dejó besar sin pausa, profundo, y colaboró con desesperado deseo, su lengua jugando con la de Horace, mientras las manos de ambos resbalaban por sus lados y se tocaban por cada rincón que alcanzaban.

Horace era un hombre experimentado, habituado a disfrutar del sexo sin ataduras ni tabúes, pero lo que un solo beso le estaba haciendo sentir era... increíble e inesperado.

Podría perderse por horas en esta boca que sabía a champan. Que la excitación les envolvía por igual lo demostró la manera en que Eleanor se entregaba a él, girando su cabeza para exponer la sedosa piel de su cuello a su boca, arqueando su cuerpo para pegarse más, y envolviendo la pierna de Horace con la suya para acercarlo.

Ambos atrapados en la vorágine de deseo, sin consideraciones al hecho de que estaban en un sitio público, apenas escondidos de las miradas de decenas de invitados que iban y venían a pocos metros.

Era devorarse por entero o detenerse, y la cordura primó al final. Con las mejillas sonrojadas y el corazón desbocado, Eleanor se apartó. Horace, sin soltarla, sacó una tarjeta de su bolsillo y la deslizó en su pequeña cartera Chanel.

—Esto debe continuar, preciosa mía. En privado, solo nosotros—le susurró, sin apartar la mirada de sus ojos, su voz cargada de promesas.

Eleanor asintió, y se acomodó el cabello y alisó el vestido antes de marchar de vuelta a la gran sala, y Horace se recostó contra la pared, enervado por completo, intuyendo que le llevaría más que un par de minutos llamar su erección al orden.

Apagó la voz que le quiso advertir sobre lo peligroso que podía ser para su carrera enredarse con Eleanor Beaumont. No había llegado hasta su actual posición acobardándose. Y vaya si esa ardiente hembra no le hacía sentir el más valiente y honrado de los tíos.

Capítulo 8

Eleanor sostenía la pequeña tarjeta en sus manos, recorriendo con el pulgar las letras grabadas en relieve, indecisa. Entendía que llamarlo sería cruzar una línea, pero la idea de escucharlo de nuevo, de continuar lo que habían comenzado en la galería era una tentación difícil de ignorar.

Ese beso... ¡Uff! Se había sentido como ningún otro: caliente, húmedo, un anuncio de lo que podría sentir al entregar su cuerpo al apasionado Horace. Esos instantes en que sus labios parecieron pegarse como atraídos por imanes le desaparecieron el mundo a su alrededor

Todo se había reducido al roce de sus bocas, a la solidez de sus manos ávidas sobre su cuerpo, al sentir de su piel. El rubor ascendió a sus mejillas mientras su mente la traicionaba, recordándole cada sensación, cada caricia.

Eleanor no era ingenua, y mucho menos de esas que guardaba su virginidad para el matrimonio, pero estas sensaciones, este hormigueo, esta pulsión... No había sentido una atracción tan intensa como la que Horace le despertaba.

Era la combinación de la química que conectaba sus cuerpos y el intelecto agudo de Horace lo que la mantenía cautivada. Otros hombres la habían deseado, pero ninguno había logrado encender su mente como él.

Miró a su alrededor, aliviada de que la mansión estuviese tan tranquila. Su madre y Lucille habían viajado a Nueva York para una de sus acostumbradas escapadas de compras, ignorando por completo la exposición de Augusta.

Esto había sido desagradable, la había enfadado, más que a la menor, que aceptaba el poco interés que mostraban por ella y su arte. Eso reforzaba, cada vez, la determinación de Eleanor de estar allí para la menor, de ser la familia que Augusta necesitaba en su rincón.

Mas la partida de las dos socialités le venía bien hoy. Inspiró profundo para darse ánimos, y tomó el teléfono para marcar el número en la tarjeta, con los nervios apretándole el pecho.

Mientras el tono de llamada sonaba se mordió el labio, consciente de que esto podría cambiarlo todo.

—¿Hola?

Una sola palabra, y le trajo alivio. La voz de Horace sonó segura y cálida, envolvente.

—Sí, hola, soy Eleanor—respondió, forzando a las palabras a fluir naturales.

—Ah, Eleanor, ¡cuánto me alegra que hayas llamado! Tenía mis dudas, pero también mucha esperanza—señaló, y la miel se filtró en el tono seductor.

Eleanor dudó un instante, sintiendo una mezcla de emoción y ansiedad. Había tomado la iniciativa, pero ahora se sentía abrumada por la situación.

—No estoy... no estoy segura de qué decir—admitió, nerviosa, dejando escapar una risa tensa.

—No tienes que decir nada, salvo cuándo podemos vernos—respondió él con una suavidad que la tranquilizó.

Eso necesitaba, que Horace tomase las riendas de la conversación y que su seguridad aniquilara su incertidumbre. Que la guiara haciéndole sentir que todo estaba bajo control.

—Podríamos encontrarnos fuera de Savannah, en algún lugar donde no corramos el riesgo de tener miradas curiosas encima—sugirió, y ella no podía estar más de acuerdo—. Creo que Brunswick sería perfecto. Está cerca, pero lejos de conocidos. Podremos disfrutar de un tiempo solos, sin interrupciones.

Eleanor sintió cómo su corazón latía más rápido. La propuesta de Horace le resultaba irresistible, y a pesar de los riesgos, el deseo de verlo era más fuerte que su necesidad de protegerse. Asintió, consciente de que él no podía verla, pero esperando que su respuesta fuera suficiente.

—Está bien. Dime cuándo y dónde —aceptó, sin poder ocultar el leve temblor en su voz, que Horace pareció percibir.

—Ajustaré algunos detalles y te lo haré saber. Seré rápido, no puedo esperar a estar contigo —dijo, su tono cargado de una promesa que Eleanor no se sentía fuerte o con ganas de resistir.

—Bien—susurró—. Esperaré tu contacto—dijo, y colgó el tubo, recostándose en el sofá.

Su corazón palpitaba con fuerza. No había vuelta atrás, y aunque el nerviosismo estaba, la emoción la embargaba. Esto era poco inteligente, inapropiado, pero no quería detenerlo. Por el contrario.

+++

Horace se convirtió en un hombre con un único propósito cuando recibió la llamada. Luego de la exposición, cuando la lujuria disipó su cabeza y su cuerpo, había dudado de que ella lo contactara.

Deseaba que Eleanor sucumbiese a sus instintos, pero las convenciones y el qué dirán la afectaban. Empero, ella le llamó, y lo que pasaría entre ambos no era un misterio.

Eran yesca lista para encenderse y a arder voraz, no tenía una sola duda de ello. Por ello se abocó a conseguir un sitio perfecto para su encuentro en Brunswick, y no escatimó en gastos en esto.

Viajó a la ciudad para hacer los arreglos él mismo, y no le llevó mucho el decidirse por la segunda propiedad que le mostraron, una finca discreta, lujosa y rodeada de altos muros, que estaba amoblada y lista para ser arrendada.

Era una villa de estilo colonial situada a las afueras de la ciudad de Brunswick, con amplios ventanales y una decoración elegante y atemporal, y un lugar que ofrecía privacidad y comodidad.

Costaba un ojo de la cara, pero lo valía, porque Horace creía que ese ambiente ayudaría a que Eleanor se sintiera a gusto. Después de hacer la reserva, se aseguró de que todo estuviera en orden, desde el servicio de bebidas hasta la selección de música para crear el ambiente perfecto.

Luego llamó a la casa de los Beaumont y cuando le atendieron, dijo que era de la empresa y quería hablar con la señorita Eleanor. Ella estuvo al tubo en un instante.

—¿Sí? ¿Quién habla?

—Buenos días, Eleanor, soy Horace. Tengo los detalles listos—dijo, con un tono seguro—. Si estás de acuerdo y puedes, nos encontramos mañana en Brunswick, anota la dirección—se la dictó.

—Bien, sí, claro. Gracias por hacérmelo saber, tomo nota—dijo ella, sin develar nada de lo

que sentía o pensaba, fiel a la idea de que hablaba con un empleado de su compañía.

—Todo está preparado para que podamos pasar el día sin interrupciones.

—Suenan bien—dijo, y Horace notó un ligero temblor en su voz cuando aceptó.

Había en su tono una mezcla de nerviosismo y anticipación que solo logró aumentar su propio deseo de verla.

Al día siguiente, Horace viajó temprano a la villa y se aseguró de que cada aspecto estuviera en su lugar. Pasaron algunas horas hasta que vio el coche de Eleanor estacionar frente a la entrada, y su corazón se aceleró.

Ella bajó del vehículo luciendo una blusa de seda y una falda lápiz que resaltaba sus curvas con una elegancia impecable. Su cabello suelto caía en ondas sobre sus hombros, y el conjunto de su imagen dejó a Horace sin palabras.

La observó mientras caminaba hacia la entrada, admirándola, desde la confianza en su andar hasta la manera en que su ropa se ceñía a su figura.

La recibió en la puerta.

—Gracias por venir, Eleanor —dijo Horace, tomando su mano y guiándola hacia el salón—. ¿Te gustaría beber algo? Tengo café, agua... o lo que prefieras.

Eleanor asintió, y él percibió la leve ansiedad en sus mejillas teñidas de rubor.

—Un café estaría bien —respondió, mirando a su alrededor, admirando la decoración elegante pero acogedora del lugar.

Mientras Horace servía el café, Eleanor tomó asiento en uno de los enormes y cómodos sillones de cuero. Se sentó al frente y comenzaron a hablar, dando círculos sobre lo que les había traído aquí.

Él le preguntó sobre su familia, el viaje aquí, y ella habló del clima y lo bien que se vendieron algunas obras de la exposición, y la charla les relajó y trajo naturalidad al encuentro.

Esto habilitó el que la conversación derivase hacia temas más personales, y Eleanor suspiró y le confesó que la ponía muy nerviosa el riesgo que estaba corriendo.

—Debo estar loca —dijo, soltando una risa nerviosa—. Si alguien se enterara... Mi madre, Lucille... No quiero ni imaginar el escándalo que harían. Pondrían el grito en el cielo.

Horace sonrió y fue a ella, sentándose a su lado, y le tomó la mano, acariciándola con suavidad.

—Estás aquí, tomaste una decisión que aplaudo, porque es a mi favor. Pero también al tuyo. Déjate llevar, Eleanor. Esto es solo para nosotros, para disfrutar el momento sin preocuparnos por lo que piensen los demás. Lo que importa es lo que sentimos aquí—añadió, llevando su mano al pecho de ella, justo sobre el corazón.

—Sé lo que quiero—le contestó, y la decisión fulguró en sus ojos.

Claro que sabía, ella era una mujer determinada, y eso encantaba a Horace. Eso y su cuerpo, joder.

Él aprovechó el momento para acercarse más, y sus labios se encontraron en un beso lento y profundo. La sensación de su boca contra la suya trajo calor y más deseo, y le hizo cerrar los ojos para entregarse por completo a la intensidad del instante.

La respiración de ambos se aceleró, y las manos de Horace comenzaron a deslizarse por sus brazos, bajando morosas hacia su cintura. Eleanor respondió, aferrándose a él, amoldándose a su cuerpo en un abrazo cargado.

Horace movió su boca y la hizo bajar lentísimo por su barbilla, mordisqueando la línea de su mandíbula, para luego pasar su lengua por cada sitio, masajeando lo que sus dientes apretaban con levedad, y de la misma forma abusó del tendón de su cuello.

—Ohh—gimió ella muy quedo, echando combustible al que ya era un momento cargado de intensidad, y Horace aspiró y se instó a hacer las cosas bien.

—Tan suave... Tan perfecta—dijo, y se separó e incorporó, tomando sus manos para tirar de ellas con suave imperio y dirigirla a la recámara contigua.

Sin palabras la guio hacia la cama y a los pies de esta quedaron, mirándose con una profundidad que hablaba más que mil frases que pudieran esbozar ahora mismo.

Ella le miraba sin miedo, con el mismo hambre que acuciaba a Horace, el que hacía que sus yemas dolieran, sus ojos enfocaran cada pedacito de piel y su polla empujara su cremallera con la fuerza que solo daba el deseo más arcaico.

Con un gesto suave ella se descalzó y procedió a desvestirse sin dejar de mirarlo, y la visión de su valentía le recordó que ella no era una presa ni una apocada mujercita de los suburbios.

No, ella era una orgullosa mujer sureña que tomaba lo que quería, y a la que solo detenían sus propias convicciones y convenciones. Unas que estaba saltando por él. Era erótico pensarlo, aunque no tanto como la visión del cuerpo curvo y crema que estaba ante él en bragas y corpiño.

Horace estiró su brazo y dos dedos se deslizaron desde la base de su clavícula hasta su escote, y trazaron la parte alta de los montículos turgentes que el encaje no cubría y luego, por encima de este, sobre picos de diamante que le secaron la boca.

Se acercó para tomarla por la cintura con el otro brazo y la apretó contra él, tomando su boca para succionarle la vida por ella, y Eleanor respondió abrazando su cuello y derritiéndose sobre su pecho.

Las manos de Horace fueron a sus glúteos, que masajeó con energía, disfrutando del culo redondo y tonificado que descubrió más. Con un empujón de sus palmas la elevó para que le trepara, y Eleanor lo hizo, envolviéndole con sus piernas y poniendo sus pelvis en contacto que, si todavía no era directo, se sintió como la chispa que volvió el fuego un incendio.

Ella se apartó, sus ojos grandes y comenzó a desabotonar su camisa con frenesí, pero Horace necesitaba estar sobre ella ya, y la colocó sobre su espalda en la cama, desembarazándose de la cárcel de sus piernas para quitarse la ropa con velocidad.

Tiró camisa, pantalones y ropa interior al aire, dejando que su polla hinchada y húmeda de ganas rebotara contra su estómago, tesa como nunca.

—¡Joder!—murmuró Eleanor, sus ojos desmesurados al fijarse en su miembro—. Es... enorme.

—Y está dura como un poste desde el día en que te conocí... ¿Vas a satisfacerla, Eleanor? ¿Vas a dejarla que te folle como mereces, mi preciosa sureña?

—Sí—dijo, pasando la punta de su lengua por sus labios en un gesto de lascivia tan natural que él graznó y tomó la base de su pene para apretar y cortar al bastardo la reacción de correrse ahí mismo.

—Voy a follarte como nadie lo ha hecho, Eleanor—dijo, y él mismo se asombró de lo grave que su voz sonaba, plena del deseo más desinhibido y feroz—. Voy a llenarte el coño y voy hacerte volar. No puedo más, joder.

—Hazlo, sí, fóllame—le urgió, y él tomó la incitación como la orden que era.

Sin fineza, tomó el elástico de sus bragas y las tironeó abajo para hacerlas correr por sus piernas, y separó estas para dejarlas abiertas, pasando sus manos por debajo de los glúteos, y su mirada se deleitó con la intimidad más excitante.

El coño rosa brillaba de humedad, protegido por un monte de venus recortado en el que enredó dos dedos mientras su otra mano jugaba con la rosa de pétalos.

Su pulgar y su índice separaron los labios para exponer el canal al completo, y su lengua sintió el llamado.

—¡Ahhh! ¡Ohh!—gritó ella, estremeciéndose cuando la punta de la lengua trazó una recta desde su base hasta el clítoris, y Horace sintió la salada sensación de sus jugos en sus papilas.

Cerró sus ojos y gruñó, excitadísimo, y se abocó al festín con la determinación de un hombre sediento, dejando que su boca se hiciera dueña del coño de la mujer más sexi que hubiese conocido, la dueña de su lujuria.

Capítulo 9

Eleanor se arqueó y gimió largo al sentirse adorada por la lengua irredente de un Horace imparable. Ninguno de sus novios había ido a su intimidad con la determinación de marcarla y hacerla sentir el placer de ser comida con propiedad.

El estupor y la cortedad inicial se evaporaron pronto y ella se encontró empujando contra él, instándolo a que succionara y acariciara su clítoris con su boca, y la electricidad fluía de allí a su vientre y a sus pezones y le tenía la garganta seca de gemir y todo músculo tenso.

—Sí, ahí... justo ahí, Horace, sí—indicó, clavando sus talones en la cama y alistándose para correrse, porque el in crescendo de sensaciones era brutal, y...—. ¡No!—protestó cuando él dejó la tarea, y se incorporó.

La miró con un gesto irónico y se paró sobre la cama masturbando su polla inmensa, imponente, como no había visto otra. Era más lo gruesa y venosa que lo larga, aunque de seguro en este campo también estaba más allá del promedio.

Eleanor no sabía que era una de las que idolatraban el tamaño, pero la de Horace...

—De rodillas, Eleanor—le ordenó, sus ojos entrecerrados y su voz comandante, y ella dejó que la voz la condujera. Obedeció—. Abre tu hermosa boca, mi reina sureña. Haz lugar para mi verga.

Estaba ya abierta y deslizando sus labios por su glande cuando él pronunció la última oración, y lo salobre de su líquido preseminal humectó su paladar y ayudó a que tomara parte del largo, aunque su boca tendría que trabajar mucho para tomarlo todo.

—Eso, con calma—le dijo, y movió sus caderas para follarle la boca, llevando la polla más allá de lo comfortable.

Eleanor se atoró con ella, volviendo atrás, pero retomó el proceso, porque no era sino una mujer dispuesta a dar lo mejor de sí, y este hombre la volvía loca de deseo.

—Seda, eso es tu boca, ¡jodida maravilla!—gruñó él, su mano entrelazando el cabello y tomando su nuca, forzándola a tomar más y volvió a atorarse—. ¡Lo jodidamente sexy que te ves a mis pies, con mi miembro hasta la garganta!

Lanzó un sonido y él se hizo atrás, quitando su polla de la boca y se movió como poseído para arrodillarse y hacerla caer a ella sobre la cama. De un envión la trajo hacia él, elevándole las piernas para que la parte trasera de sus muslos se posara sobre los delanteros masculinos, y entonces su polla se colocó en su entrada.

—Espera... ¡Protección!—dijo, alarmada, y él asintió, inclinándose para acercarse a la mesa de noche y lidiar con el envoltorio del látex, que se colocó rápido.

—Voy a follarte ahora, Eleanor—dijo, y ella asintió, transfigurada por esos pozos oscuros que la miraban con el más descarnado deseo, y cuando la punta de la verga comenzó a atravesarla y partirla en dos, cerró sus ojos.

Placer... ¡Ohh, divino placer desde su centro! El miembro pareció llenarla sin dejar un milímetro por completar, y no le dio tiempo para ajustarse, porque pujó en ella con la fuerza y la presión de una máquina, y ella lo recibió y le incitó con igual hambre.

—Mío... Este coño es mío y lo voy a adorar... ¿Te gusta cómo te follo?

—¡Sí, sí!

—No hay un hombre en Georgia o el resto del puto sur que te pueda follar así, Eleanor Beaumont...

—No lo hay—negó ella, casi llorando de placer, sintiendo que cada embestida la empujaba hacia una cima que quería alcanzar.

—No hay otra que quiera tener entre mis piernas, Eleanor. Solo tú... Solo tú...

Desvarió y gemidos, manos sobre sus pechos, la boca ávida sobre sus picos y sus labios, las palabras sucias y bienvenidas en sus orejas, toda razón evaporada del dormitorio y de sus cabezas, esto fueron ambos mientras dejaban que sus miembros e intimidades comandaran.

Correrse perdiendo conexión con la realidad y volar fue la consecuencia inmediata y larga del sexo más fantástico y menos propio que Eleanor había tenido.

No había nada de caballeroso en lo que Horace Montgomery le dijo e hizo a su cuerpo, ni nada de apocado en la manera en que ella respondió y vibró.

Pero vaya si no era lo que sus fantasías le habían mostrado. Tres orgasmos le arrancó él esa tarde. Y cuando esta moría y sus gargantas e intimidades estaban exhaustas y satisfechas, Eleanor dejó que la preocupación por lo adecuado y las reglas familiares y sociales la abandonara.

Horace le había hecho conocer algo que no sabía de sí misma: era una mujer sensual y a la que le gustaban cosas que harían estremecer de escándalo a muchas. Y eso estaba bien.

+++

Los encuentros con Horace se convirtieron en una especie de refugio semanal para Eleanor. Cada vez que escapaban a su rincón apartado sentía cómo su ser se llenaba de una alegría que hacía tiempo no experimentaba.

La intimidad era apasionada y le ofrecía una libertad que había creído imposible de alcanzar en su vida. Horace la hacía sentir viva, deseada, y poco a poco, Eleanor notó que su afecto por él iba más allá del deseo físico. Se estaba enamorando.

Con el paso de los meses, mantener la relación en secreto se volvió más complicado. Era menester buscar excusas creíbles para alejarse de su casa y disimular ante su familia, especialmente ante Lucille y Cornelius, que parecían atentos a cualquier irregularidad.

Los nervios que le provocaba la idea de que pudieran descubrirla eran intensos, y sintió que necesitaba apoyo para no sentirse tan vulnerable. Fue por ello que se abrió con Augusta, porque ella era la única que podría comprenderla y ayudarla.

Se lo susurró todo, sin detalles, pero vertiendo su corazón en el proceso.

—Necesito que me cubras, Augusta—le confesó—. No puedo permitir que descubran lo que está pasando. Sabes cómo son, y esto... esto es algo que necesito mantener para mí misma. No puedo dejarlo, es... Como una adicción, créeme.

Augusta la miró con sorpresa, pero luego asintió con complicidad, y Eleanor supo que tenía su apoyo y silencio.

—No te preocupes, Eleanor. Puedo ver que él te hace feliz—respondió Augusta, apretando su mano—. Haré lo que sea necesario. Puedes contar conmigo.

Eleanor se sintió aliviada, y gracias a este sostén pudo disfrutar de su relación con Horace sin

tener que preocuparse tanto por las miradas inquisitivas o sospechas.

Trataba de disimular cuando estas velaban los ojos de Lucille o su madre enarcaba las cejas, pero sus emociones afloraban, y era cada vez más difícil ocultar la felicidad que la invadía.

La conexión con Horace se volvía más profunda con cada encuentro, y Eleanor no era ciega a lo que le pasaba: no solo disfrutaba de su compañía, sino que empezaba a necesitarla.

Todo hubiese sido Paraíso, aunque este incluyera pecado, de no haber sido por la creciente sensación de extrañeza con su cuerpo. Los síntomas estomacales que empezaron un día no decrecieron, y cuando los mareos, las náuseas y el agotamiento se convirtieron en rutina matinal, Eleanor sintió que se paralizaba.

No podía ser. *No podía ser, no*, negaba su mente. Pero entonces algunos descuidos y accidentes volvieron a ella, despegados de la niebla de la lujuria que parecía volverlos locos en aquella villa.

Había sido idiota. Descuidada. Si lo que creía era cierto... Lo cambiaba y arruinaba todo. La mera idea la puso de malas. En su cabeza aparecían escenarios con los que no quería lidiar, palabras y realidades que no estaba en condiciones de afrontar, pero...

No podía esconder la cabeza bajo tierra. Se obligó a hacer lo razonable, y al médico fue. Sentada en el consultorio, escuchó las palabras del doctor como si fueran un eco lejano. Estaba embarazada.

Un torbellino de emociones la envolvió: el estupor, la incredulidad, un miedo abrumador. No solo debía afrontar a su familia, sino también a Horace.

Hasta este momento su vínculo había sido un secreto, una escapada que les permitía olvidarse de los demás. ¿Qué pensaría él? Horace era encantador, gentil, pero también ambicioso y enfocado en su carrera.

No sabía cómo reaccionaría ante la noticia. Tal vez la culparía, negaría responsabilidad, se esfumaría. No tenía idea. Era una pesadilla.

Al llegar a la mansión se encerró en su habitación, intentando procesar lo que acababa de descubrir. No se atrevía a decírselo a nadie, excepto a Augusta. En un momento de desesperación, llamó a su hermana, y le contó la novedad.

Augusta la escuchó con calma, no la juzgó, y se abocó a tranquilizarla, asegurándole que estarían juntas en esto, pasara lo que pasara. Eleanor comenzó a aflojarse, a procesar los ribetes más dramáticos de su estado.

Estaba esperando un hijo... Esto era... Era increíble. Inesperado. Pero... también maravilloso, se dio cuenta. Justo cuando su ánimo mutaba y su visión sobre el asunto se ensanchaba, la puerta de la habitación se abrió y Lucille apareció en el umbral.

Su expresión dejó en claro que les había escuchado. ¿Ahora fisgoneaba tras las puertas?, pensó, estupefacta y ofendida. No estaba para lidiar con ella, joder.

—Sabía que llegaría el momento en que tu halo de ángel desaparecería. ¡Tan idiota!—dijo, con desdén, y se dio la vuelta para irse como un viento.

—¡Lucille, ven acá!—gritó Augusta, corriendo tras ella, pero Eleanor supo que era inútil.

No tendría tiempo de pensar, de procesar nada, de hablar con Horace. La noticia estaba a punto de desbordarse de la manera que más temía, y le esperaban horas oscuras.

Capítulo 10

Horace se sentía en la cima de su carrera. La fusión Carrington—Beaumont en el ámbito de la producción textil había resultado un triunfo, y la posición que tenía en la empresa de Carrington era inmejorable. Recibir un bono con una cifra astronómica fue la confirmación de que su trabajo había rendido frutos.

Y luego estaba su relación con Eleanor. Cada semana con ella era un respiro de aire fresco, un recordatorio de que la vida podía ser más que trabajo y ambición.

El sexo era excepcional, pero había más que piel entre ambos. Trataba de no pensarlo mucho porque entendía que el secreto que rodeaba a sus encuentros tenía sentido para Eleanor, y si le molestaba en el fondo de su cabeza, no iba a dejar que le jodiera.

La villa que era testigo de sus encuentros era su nido de amor, y allí se adoraban y disfrutaban, libres, sin inhibiciones. Ella era la mujer que lo completaba de una forma que no imaginó.

Por eso su voz por el teléfono ese día lo sacudió. Sonaba quebrada, los sollozos escapaban entre cada palabra, y Horace no necesitó más para saber que algo andaba terriblemente mal.

—Horace... necesito verte. Por favor, ven a la villa—dijo ella, y Horace percibió un temblor en su voz que le heló la sangre.

Condujo hacia Brunswick sintiendo cómo su ansiedad se mezclaba con una creciente impaciencia. Cuando llegó, le impactó y desconcertó encontrar a su hermana Augusta.

Esta lo recibió con una expresión grave, como si llevara el peso del mundo en los hombros. Horace frunció el ceño, apretando los dientes, mientras miraba a su alrededor buscando a Eleanor.

Augusta le indicó hacia un rincón de la sala, donde Eleanor estaba sentada, con la cabeza entre las manos y el cuerpo tembloroso.

—Eleanor...

Se acercó veloz, pero ella no levantó la vista, aturdida, hundida en su mente. Horace pasó una mano por su propio cabello, tirando de él con frustración. Dio un paso atrás y se giró, maldiciendo entre dientes, intentando recobrar la calma. Augusta habló, su voz muy queda.

—Horace... ella está embarazada —dijo Augusta, y él sintió como si le hubieran golpeado en el estómago.

—¿Qué demonios?—fue todo lo que alcanzó a decir, mientras daba vueltas, caminando en círculos, tratando de procesar la noticia.

Eleanor, con los ojos aún rojos de tanto llorar, finalmente levantó la mirada hacia él.

—Estoy perdida, Horace. No sé... no sé qué hacer —murmuró.

Su voz... Joder. Parecía tan frágil. Verla así cuando ella siempre se había mostrado fuerte y segura de sí misma lo dejó sin palabras.

Horace pasó las manos por el rostro, sintiendo cómo sus músculos se tensaban y su corazón latía desbocado. Trató de recordar, de hacer cuentas, de comprender cómo había sucedido.

Sabía que habían sido cuidadosos, excepto... Había tanta lujuria cuando estaban juntos, en especial cuando demoraban en verse. Recuerdos borrosos de tardes y noches de follar sin tregua

vinieron a él.

—Mierda... —suspiró, clavando la mirada en el suelo mientras intentaba organizar su cabeza.

Resopló, dejando de lado sus pensamientos para ir a ella, que era la prioridad. La abrazó, apretándola contra su pecho. La sintió tan pequeña, tan vulnerable.

Eleanor se aferró a él como si se estuviera ahogando. Le temblaba todo el cuerpo, y Horace experimentó una oleada de furia mezclada con una necesidad desesperada de protegerla.

—Mis padres quieren que lo... lo interrumpa —murmuró ella, y las palabras lo hicieron apretar los puños.

Que alguien se atreviera a sugerir algo así le dejó en blanco, y luego la ira le recorrió, palideciéndolo.

—¿Qué? ¡No!—Horace cerró los ojos y se obligó a respirar hondo, buscando la calma en medio del torbellino de emociones—. Eso no va a pasar, Eleanor. Escucha, esto no estaba en nuestros planes, pero yo estoy aquí—le dijo, levantando su rostro con su mano en la barbilla—. ¡Estoy contigo! ¡Ese que llevas en tu vientre es mi hijo! ¡Casémonos!—dijo, sin pensarlo, pero sin asustarse de su impulso.

No había otra como ella para él, y si esta era la forma de atarla y hacer pública su relación, pues estaba más que dispuesto.

Eleanor levantó la vista hacia él, con sorpresa y alivio en sus ojos. Que no se negara fue un subidón, porque lo temió por un instante. Horace no había dejado de ser un recién llegado aceptado a regañadientes en Savannah.

Augusta, que había estado observando en silencio, se acercó, y su expresión confirmó que la situación era incluso peor de lo que Horace había imaginado.

—Ya la han amenazado con desheredarla, Horace. Están dispuestos a cualquier cosa con tal de que esta noticia no salga a la luz —explicó Augusta, con la voz cargada de preocupación.

—Malditos... —Horace apretó los dientes, y su abrazo sobre Eleanor se volvió más protector, como si quisiera resguardarla de lo que podía venir. La miró a los ojos, intentando comprender qué pasaba por su mente, y finalmente, le preguntó con voz suave—. ¿Y tú, Eleanor? ¿Qué es lo que quieres?

Eleanor suspiró, y con una ternura que lo conmovió, llevó una mano a su vientre, acariciándolo con suavidad.

—No puedo hacer otra cosa que amar esta vida —dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se inclinaba hacia él, buscando consuelo en sus brazos.

Horace la atrajo hacia él, besando su frente y sintiendo cómo el amor que sentía se mezclaba con una determinación feroz de cuidar, de enfrentar lo que fuera necesario.

No era lo que había planificado para su vida. De hecho, era factible que esto destruyera lo que había construido, eso de lo que se enorgullecía hasta hacía un rato.

Las repercusiones serían enormes, pero en ese instante, nada más importaba que protegerla y estar a su lado.

+++

Eleanor miraba su reflejo en el espejo, tratando de reunir el valor para lo que estaba a punto

de hacer. El enfrentamiento con su familia no sería fácil, y aunque Horace le había asegurado que estaría a su lado, el miedo no dejaba de apretar su pecho.

Pero el hecho de que su vida ahora estaba conectada a otra, que un futuro se gestaba en su interior, le daba fuerzas que no sabía que tenía. Mientras se arreglaba el cabello, recordó la conversación con Horace.

Había temido su rechazo, el que desconociera su paternidad y la dejara en la estacada. Mas su seguridad y determinación la habían reconfortado, y Eleanor sabía que no estaba sola.

Aun así, las dudas la asaltaban: ¿cómo reaccionarían sus padres? ¿Hasta dónde llegarían para proteger el nombre de la familia? Su madre, Lucille y Cornelius estarían en la postura opuesta, y Eleanor temía sus miradas de reproche y las palabras cortantes que volverían a lanzarle sin piedad.

La orden petulante de abortar, de seccionar el embrión de su vientre para su bienestar social, habían sido heladas, frases lanzadas sin sentimientos, sin pesar en que hablaban de un ser que crecía en ella. Su familia.

¡*Nunca!*, se juró. Horace debía estar afuera de la casa Beaumont ahora, como planearon. Le imaginó observando la mansión con un aire de desafío, a punto de enfrentarse con su familia, sin arredrarse un ápice.

Así era él: decidido, masculino, valiente, y el amor de su vida. El recibir su cuidado, el verificar que quería a su hijo y que estaba dispuesto a luchar por ella le habían dado las fuerzas necesarias para hacer lo necesario.

Eleanor, tú eres todo para mí. La idea de que te aparten o quieran decidir por nosotros me pone loco. No va a pasar, le había dicho con furiosa determinación. *Pase lo que pase, estoy contigo, Eleanor. No dejaré que nos hagan daño.*

Decidida, salió de su recámara y bajó la escalera, e hizo un gesto a Augusta para que fuese a por Horace. Caminó hacia el salón donde el resto de los suyos le esperaban con expresiones tensas. Su madre fue la primera en hablar, su voz fría y cortante.

—¡No puedo creer que hayas llegado a esto, Eleanor! Has puesto en riesgo todo por un capricho.

—No es un capricho —replicó Eleanor con firmeza—. Esto es mi vida, y estoy dispuesta a vivirla a mi modo, cueste lo que cueste.

Cornelius bufó, cruzando los brazos con desaprobación. Lucille, con la mirada fija en ella, añadió:

—De verdad, Eleanor, has hecho un desastre. El escándalo será imposible de ocultar. Nos embarrará a todos.

—Si lo único que les importa es el escándalo, entonces ya no tengo nada más que decir —replicó Eleanor, sintiendo cómo el enojo subía por su pecho—. He decidido tener a este bebé, y Horace y yo nos vamos a casar. No necesitan apoyarme, pero tampoco voy a permitir que interfieran.

—¿Qué hace acá? ¿Cómo se atreve...?—gritó Cornelius, llevando la atención de todos hacia la figura de Horace, que avanzó con grandes pasos para colocarse al lado de Eleanor, y miró con desafío a los cuatro que tenían idénticos gestos de estupefacción e ira.

—Yo amo a su hija, y estoy aquí para protegerla y estar con ella, sin importar las consecuencias. No necesitamos su apoyo ni su aprobación, pero sería mejor para todos si

encontraran una manera de aceptar nuestra decisión.

Su padre apretó los labios, y una vena palpitó en su sien, anunciando su furia, y esta se vertió tras un momento de tenso silencio, cuando miró a Eleanor y dijo:

—Si te quedas con ese hombre y te atreves a seguir adelante, Eleanor, voy a desheredarte. No toleraré que esta familia sea objeto de burlas por un acto de irresponsabilidad. Me has decepcionado.

Había frialdad en él, y Eleanor sintió que la tristeza la llenaba. Este era su padre, le quería. Él había sido su modelo por seguir, el hombre frente al que medía a los demás.

Honorable, recto, inteligente. Pero también orgulloso y acostumbrado a salirse con la suya. Y susceptible a la crítica social, y a los deseos de su esposa.

—Me duele que creas eso, padre, porque no lo siento así, pero... Procede como debas. Así lo haré yo, y no te inquietes. Lo que llevo en mí vale más que tus millones—dijo, sin que la voz le temblara, a pesar de todo.

Tomó la mano de Horace, que envolvió la suya, y sonrió a Augusta, que vino a abrazarla, sollozando. Era triste esta despedida que parecía final, pero ella tenía mucho por lo que pelear.

Respiró hondo, sintiendo la paz que le daba el tomar una decisión que sentía como suya, sin importar el precio. Giró hacia Horace, y con una sonrisa ligera, asintió.

—Nosotros estamos listos para vivir lo que venga y nos toque. No se preocupen por mí.

Y sin esperar una respuesta, Eleanor salió del salón, dejando a su familia en un silencio consternado. Caminaron de la mano hacia el coche, y entonces Horace le habló:

—¿Estás segura de esto, mi amor?

—Nunca había estado más segura—respondió, y así era.

Capítulo 11

Horace no esperó a que la situación con la familia de Eleanor empeorara para enfrentar los cambios que esto implicaría en su trabajo. Decidió ir a por todo con Carrington, sin seguridad de cuál sería su respuesta, aunque la imaginaba.

Cuando estuvo a su frente y en su oficina, sintió un nudo en el estómago. No era arrepentimiento o segundos pensamientos, sino rabia. ¿Por qué cojones tenían que ser tan envarados y ridículos estos sureños?

Ni modo, no podía cambiarlo. A pesar de todo, había disfrutado trabajar aquí, y había aportado valor, esto lo tenía muy claro.

—Gracias por su tiempo, Edwin. Quiero que sepa la situación de mi boca primero y no por cotilleo desagradable—dijo, y su jefe hizo gesto de incompreensión—. Eleanor Beaumont y yo tenemos una relación desde hace meses, y seremos padres.

—¿Qué carajos hiciste, Horace?—dijo el millonario, dando un puñetazo en el escritorio—. Nada más lejos de lo que quise cuando te pedí que te mezclaras con la gente de Savannah. Ambrose Beaumont va a estar lívido.

—Apuesto a que no fue ese su deseo, no, y confirmo que el señor Beaumont no lo aprueba. De hecho, amenazó con desheredar a Eleanor.

Carrington resopló y mesó su cabello, y luego le miró con cálculo.

—No tengo intenciones de hacerme un enemigo en Beaumont, no por un empleado, no importa cuán eficiente y astuto seas. Esto último debatible a vista de las decisiones que has tomado.

—Entiendo su posición. No esperaba nada, con franqueza. Sí voy a pedirle buenas referencias, porque me las gané a pulso. Espero que la mano de Beaumont no sea tan larga como para evitar eso.

Carrington lo miró en silencio por unos momentos. Horace esperaba una respuesta fría, pero para su sorpresa, su jefe asintió.

—Nada de eso. Lo justo es justo, y confieso que es una pena. Siento tener que dejarte ir. Te entiendo, muchacho, aunque creo que te faltó fineza. En este mundo, hay pocas cosas que realmente importan, y parece que has encontrado una de ellas.

—No tengo duda de ello.

Carrington hizo una pausa y luego sacó su agenda, hojeando las páginas.

—Escucha, tengo un contacto en Charleston, alguien que tiene un buen negocio en expansión. Necesita un empleado con tus habilidades y, aunque lamento perderte, quiero que tengas una oportunidad.

Horace asintió, sorprendido y agradecido. No esperaba que Carrington le facilitara el camino, y la idea de mudarse a Charleston le pareció perfecta. Allá encontrarían un nuevo comienzo, y con una carta de recomendación de Carrington tenía una oportunidad real de reconstruir su carrera.

Espero a que Carrington hiciese una llamada, y se abocó a acelerar los detalles de salida de la empresa. Tenía una mujer embarazada y angustiada a la que volver, y le acuciaba la prisa por irse

de esta ciudad.

Eleanor recibió la noticia con entusiasmo, y esto fue un alivio. Horace temía que ella dudase al percatarse de que su vida entre algodones sufriría un revés, pues si bien él tenía ahorros y la voluntad inquebrantable de brindarle el pasar que merecía, les tomaría tiempo reacomodarse.

Mudarse a Charleston representaba una nueva oportunidad, pero era un cambio de escenario que implicaba empezar de cero en otra empresa, con todo por demostrar allí.

Mas ella no era sino resiliente, y se lo demostró cada día de los que siguieron. Cada paso que dieron tras dejar Savannah, ella lo dio determinada y confiando en él. Menuda responsabilidad en sus manos, pero estaba a la altura, y lo mostraría.

Sí, hubo momentos de tristeza, en particular cuando ella lloró en silencio al dejar atrás la ciudad, o las veces en que le escuchaba suspirar mientras hablaba con Augusta, pero el vínculo entre ambos no hizo más que estrecharse

Eleanor gozaba y se recuperaba en sus brazos, atesorada por sus besos, unida a él de la manera más física posible.

Horace no había pensado que forjaría una familia al llegar al sur, pero era un regalo bienvenido, y si hizo un embrollo con sus planes meticulosos, no lo lamentaba con ella follándolo con dulzura o pasión desenfrenada, en las noches calientes en que construían su hogar en la nueva ciudad.

Carrington había hecho mucho bien al respaldarlo con su palabra y referencias, y eso le abrió puertas de inmediato, por lo que le llevó menos tiempo del pensado el conseguir una posición que le permitiera aportar estabilidad y continuar con su carrera.

Para Horace, cada día en la nueva ciudad era una oportunidad de reafirmar el compromiso que había hecho con Eleanor. Habían dejado atrás muchas cosas, pero lo que tenían delante era algo que valía la pena construir.

Con el tiempo, se acostumbraron a la vida en Charleston. Las calles empedradas, los árboles cubiertos de musgo y el ambiente cálido y acogedor los ayudaron a encontrar la paz.

El trabajo le inspiraba, tenía lugar para crecer y el ambiente era menos formal y estirado que el de Savannah. Con el tiempo podrían mejorar la vivienda y prepararla para recibir a su hijo.

+++

La vida en Charleston era un soplo de aire fresco para Eleanor. La ciudad, con su encanto histórico y sus calles empedradas, le ofrecía una sensación de libertad que no había experimentado en Savannah.

Aunque extrañaba aspectos de su vida anterior no lamentaba estar aquí, porque había encontrado un hogar con Horace. Cada día era una aventura nueva, y cada rincón de la ciudad parecía tener una historia que contar.

Se inscribió en un curso de arte local, con la esperanza de encontrar un pasatiempo que le permitiera conectar con su nueva vida. Pronto, se encontró disfrutando de las clases y de las personas que conocía allí.

Horace había hecho algunos amigos entre sus colegas, y estaba adaptándose bien, contento. Eso la aliviaba, porque había instantes en que se culpaba por cortarle las alas de su carrera.

Él jamás había dicho algo al respecto, por el contrario, era cariñoso y fogoso, eso no había

cambiado, y en las tardes y noches se abocaba a hablarle a su barriga y a hacer planes para cuando fueran tres. Era conmovedor y la hacía caer más por él, si era posible.

Su relación había crecido de formas que inimaginables, y la idea de convertirse en padres se les hacía cada vez más real.

Un sábado, decidieron explorar las afueras de Charleston. Encontraron un pequeño parque junto al río, rodeado de árboles y con una vista que dejaba sin aliento. Mientras caminaban, Horace tomó la mano de Eleanor, disfrutando de la tranquilidad.

—¿Te das cuenta de lo lejos que hemos llegado? —preguntó Horace, deteniéndose para mirarla a los ojos.

Eleanor asintió, sus ojos llenos de emoción.

—A veces no puedo creerlo. Pero no cambiaría lo que hemos vivido. Eso nos ha traído hasta aquí—respondió ella, apretando su mano con complicitad.

Horace sonrió y la acercó hacia él, besándola con ternura. Instantes como estos eran los que les hacían ver que jugarse por lo que querían valía la pena: cada sacrificio, cada renuncia. Mientras estuvieran juntos, encontrarían la manera de salir adelante.

Aunque la vida en Charleston era bonita, Eleanor a veces se sorprendía extrañando, y si había encontrado una nueva normalidad, la distancia con sus seres queridos seguía presente. Había días en los que deseaba, aunque fuera remotamente, que una reconciliación pudiera ser posible.

Una mañana, Eleanor decidió poner en palabras lo que sentía. Tomó una hoja de papel y escribió una carta dirigida a su madre y a Lucille, expresando el dolor, el amor y la confusión que guardaba.

No sabía si la enviaría, pero el simple hecho de escribirla le ofreció un alivio que necesitaba desde hacía meses. Días después, Horace encontró la carta en el comedor, y le preguntó qué haría con ella.

Eleanor, tras reflexionar unos instantes, admitió que no estaba segura. Por ahora, prefería guardar la carta y darse tiempo para procesar sus sentimientos.

Capítulo 12

Los meses pasaron rápido, y cuando el día del nacimiento llegó, pareció que hacía más de ocho meses que habían llegado a Charleston.

Eleanor había estado sintiendo las contracciones durante toda la mañana, y Horace la llevó al hospital por la tarde, ansioso y al borde del pánico.

Eran su adorada mujer y su hijo el que estaban en esa sala, sin que él pudiese hacer nada. El parto fue largo, pero cuando finalmente se escuchó el primer llanto de su bebé, una oleada de alivio y alegría les invadió.

Eleanor lloraba y Horace, a su lado, no podía apartar la vista del pequeño ser que acababa de llegar al mundo. Con lágrimas en los ojos, la miró y sonrió, como si en ese instante el tiempo se hubiera detenido solo para ellos.

—Beau—dijo Eleanor con maravilla, y Horace sintió su pecho invadirse con emociones en conflicto: amor imposible de cuantificar, deseo de protección, ansiedad por el futuro.

El bebé, un niño sano y fuerte, era la culminación de lo que comenzó como un ligue y devino en relación estrecha. La química que les llevó a vivir una aventura derivó en amor mutuo.

Sostener al pequeño enérgico se sintió increíble, y hacerlo mientras tomaba y apretaba la mano de su mujer le hizo entender a Horace que esta era la clase de éxito que no podría comprar con dinero.

Los días siguientes fueron tranquilos. La pareja se dedicó a conocer a su hijo, observando cada uno de sus gestos y acostumbrándose a la nueva rutina de cuidado.

Aunque la falta de sueño comenzó a afectarles, Eleanor y Horace compartían miradas cómplices, recordando que habían llegado hasta ahí juntos y que, pese a todo, habían construido una vida llena de amor y esperanza.

Cuando llevaron al bebé a casa fue obvio cómo todo encajaba. La pequeña habitación que habían preparado se llenaba de risas y nuevas experiencias, y cada día juntos les traía una sensación de plenitud.

Los amigos y vecinos pasaban a visitarlos, trayendo regalos y buenos deseos. Charleston se había convertido en su hogar de maneras que ni siquiera habían imaginado.

Sí, la adaptación a la vida de padres se hizo con una mezcla de torpeza y dedicación. Horace se mostró protector y dispuesto a aprender, mientras que Eleanor encontraba en su hijo una fuente de fortaleza y alegría.

Una noche, mientras Eleanor mecía al bebé en sus brazos, miró a Horace con una sonrisa.

—¿Te das cuenta de cuánto hemos cambiado? —dijo, con voz baja para no despertar al niño.

Horace la abrazó y asintió, sus ojos reflejando el mismo amor y gratitud que sentía ella.

—Hemos construido una familia, y no hay nada que desee más que estar con ustedes —respondió, y ambos se quedaron en silencio, disfrutando de la calma y la calidez de su hogar.

Las semanas pasaron en dulce caos y se hicieron meses, Eleanor y Horace sumidos en la vorágine de ser padres primerizos. Las noches sin dormir y los constantes cuidados que demandaba Beau transformaron su rutina, pero ambos se adaptaban con una paciencia y dedicación que solo el amor podía inspirar.

Beau se convirtió en el centro de sus vidas. Charleston se sentía como un hogar. Habían logrado establecer una red de amigos y vecinos que los apoyaban, y no había presiones y expectativas, lo que era sanador para Eleanor. Incluso los antiguos recuerdos y el peso de su familia parecían desvanecerse, dejándola libre para disfrutar de su nueva vida.

Una tarde, mientras paseaban por el parque con su hijo, Eleanor se detuvo para observarlo mientras dormía en el cochecito. Horace, que caminaba a su lado, se agachó y tomó su mano, besándola con calidez, dedicándole una sonrisa.

—Es asombroso, ¿verdad? —dijo él, con los ojos fijos en su hijo—. Alguien tan pequeño y con tanto poder para cambiar las cosas.

Eleanor asintió.

—Lo cambió todo, y en buena hora—susurró.

—¿Qué te parecería que compráramos una casa más grande? Podríamos tomar un préstamo.

Eleanor se quedó pensativa, pero su corazón se aceleró ante la idea.

—Me encantaría —respondió, apretando su mano y mirando hacia el futuro que se extendía ante ellos.

+++

Era una tarde soleada, y Eleanor y Horace disfrutaban de su paseo habitual en el parque, con su hijo dormitando en el cochecito. La tranquilidad del entorno y la brisa ayudaba a dormir al excitable Beau, y por ello venían acá casi a diario.

De repente, una figura familiar se acercó desde un sendero cercano. Eleanor se quedó inmóvil al reconocer a su padre. Ambrose Beaumont se detuvo a unos pasos, observándolos, su mirada clavada en el pequeño dormido.

—Eleanor —dijo, con voz firme—. Señor Montgomery.

Este resopló ante la formalidad, pero Eleanor tragó saliva. Su padre en un parque era un hecho inusitado, y frente a ella luego de año y medio, era increíble.

—Padre—respondió, mirándolo, notando su incomodidad, pero sin hacer nada para facilitarle las cosas.

—He venido para verte y hablar contigo.

Eleanor se sorprendió, mirándolo con cautela. Horace, a su lado, apretó su mano como muestra de apoyo. El padre de Eleanor se tomó un momento para mirar a su nieto dormido, y su expresión se suavizó.

—Es mi nieto. Es mi familia. No puedo permitir que crezca sin conocerlo.

—No somos nosotros los que se lo impedimos—gruñó Horace, y Eleanor le dejó tomar la posta de la palabra.

Su familia merecía su desdén, su ira.

—Lo sé, y lo lamento. Nos equivocamos. Me equivoqué—dijo Ambrose, sin altivez, mirándola a los ojos—. He venido a pedirte que vuelvas, Eleanor. Quiero que regreses con tu familia, que volvamos a ser lo que éramos.

Eleanor sintió varias emociones mezclarse: el deseo de reconciliación y volver a sus raíces, pero también el resentimiento por lo que le habían hecho pasar. Alzó la vista y, con voz firme, preguntó:

—No soy solo yo en esta ecuación. Tal vez sí soy la más herida por el abandono que hicieron con nosotros, pero somos tres. Una familia, y estamos bien en Charleston.

—Esto no es Savannah. No es tu hogar.

—El hogar es donde uno se siente a salvo y está con los que ama. Eso somos Beau y yo para Eleanor—dijo Horace con gravedad en su tono y expresión—. ¿Así es la cosa ahora? ¿Cree que puede venir luego de meses, y hacer que Eleanor y mi hijo vayan con usted y me dejen como si yo...

—No se equivoque, me he dado cuenta de lo que usted representa para mi hija. Creí que volvería cuando...

—Cuando la amenazó y la dejó por su cuenta. Creyó que yo era un capricho, una utopía, y encontró que no fue así. Interesante—ironizó Horace.

—¿Y mamá, Lucille? ¿Sabén que estás aquí?—preguntó Eleanor.

Su padre asintió, con la seriedad que lo caracterizaba.

—Les he hecho entender que esto es innegociable. No estoy dispuesto a perderte, y he hablado con ellas para asegurarme de que aceptarán al niño y al señor...

—Horace. Es gracioso que usted crea que volveremos porque se arrepintió. Es nuestra vida, nuestro hogar, mi trabajo...

—Lo sé, deme algo de crédito, Horace. Soy orgulloso, pero no idiota—expresó, arrugando el entrecejo.

Le costaba decir esto, Eleanor lo sabía, pero aquí estaba.

—¿Y qué papel quiere adjudicarme a mí? —preguntó Horace, desafiante y desconfiado, y la miró de soslayo.

¿Temía él que lo dejara? ¿Qué cediera ante su padre y lo abandonara? Con fiereza se pegó a él, dispuesta a que le quedara muy claro que su lugar estaba con él.

El padre de Eleanor se enderezó y le miró fijamente.

—Le haré parte del Directorio de mis empresas, tendrá el puesto que quiera en la gerencia. No ignoro su capacidad, fue lo que me hizo negociar con Carrington. He... aceptado la idea de que es parte de esta familia.

—Lo pensaremos—dijo Eleanor, apretando la mano de Horace, sin ceder a su deseo de abrazar a su estirado padre.

Que estuviese aquí era exhilarante, la ponía feliz, respondía a oraciones no enunciadas ante Horace, pero que existieron. Ella amaba a su padre, a pesar de que la había desairado muy feo.

—Por favor, Eleanor, hazlo. Piénsalo, y si no deseas volver, quiero que consideres el que les ayude de otro modo. Mi nieto...—se acercó y le miró con intensidad y emoción—. Mi único nieto...

—Te llamaré, padre.

Este asintió y se marchó tras saludar con su cabeza, dejando a la pareja para que consideraran la propuesta. Eleanor y Horace pasaron el resto del paseo en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos.

Esa noche y las que siguieron, en la tranquilidad de su hogar, discutieron la posibilidad de regresar a Savannah. Aunque apreciaban la vida que tenían en Charleston, Eleanor no negó que la posibilidad de reconciliarse con su familia la atraía, y Horace confesó que la oferta de Ambrose Beaumont era muy generosa y le permitía avanzar.

Durante las siguientes semanas, sopesaron cada aspecto, considerando cómo podrían establecer condiciones que les permitieran regresar sin renunciar a su independencia.

Finalmente, decidieron que regresarían, pero bajo términos claros. Horace no sería un peón en el directorio del conglomerado Beaumont, y su autonomía financiera sería intocable.

También se asegurarían de que la familia les respetara como pareja y como padres, sin interferencias. Cuando lo plantearon a Ambrose, determinados, este aceptó de inmediato.

Así, con una mezcla de nostalgia y esperanza, la pareja comenzó a preparar su regreso a Savannah, fortalecidos y listos para enfrentar el futuro bajo sus propios términos.

Capítulo 13

La vida en Savannah comenzó a tomar forma, y aunque al principio Eleanor y Horace se enfrentaron a la resistencia de la élite local, con el tiempo fueron encontrando su lugar.

Su hijo Beau se convirtió en una pequeña estrella de la familia Beaumont, ganándose el afecto de todos con rapidez. Su risa alegre y sus primeros pasos fueron celebrados con entusiasmo, y sus travesuras arrancaban sonrisas incluso a los más serios.

Ambrose Beaumont, tan rígido y orgulloso, se derretía con las sonrisas del niño. Cada vez que Beau extendía sus pequeños brazos, el hombre parecía olvidarse de sus inquietudes y preocupaciones, dejándose enredar en los encantos de su nieto.

Eleanor, que observaba esta transformación con una mezcla de sorpresa y satisfacción, sentía que había hecho lo correcto al regresar. Incluso su madre, a pesar de sus reservas iniciales y su no contenido desprecio por Horace, se mostraba atenta y cariñosa con el niño, que parecía saber a la perfección cómo ganarse su amor.

En más de una ocasión Eleanor la encontró jugando en el suelo con Beau, olvidando por completo el protocolo y la compostura. Cornelius, su hermano, se convirtió en un tío orgulloso, dispuesto a tolerar las bromas y a llevarlo a explorar el vasto jardín familiar. Lucille también encontraba maneras de sorprender a Beau, regalándole libros ilustrados y pequeños juguetes que lo fascinaban.

Había brazos suficientes, además del par de niñeras que habían sido contratadas para atender las necesidades del niño día y noche y con ello dar lugar a que Eleanor pudiera retomar su trabajo al lado de su padre sin sentir culpa.

Esto daba también espacio para la intimidad del matrimonio, que no había perdido la pasión física que les unió en primer lugar. De hecho, Horace solía bromear que sus pieles sufrían cuando no estaban en contacto por algunas horas.

El disfrute mutuo era total. A veces, como esta noche, pretextaban trabajo tarde o reuniones a última hora para permanecer en el departamento lujoso del centro de la ciudad que era su nido de amor, el que sustituía la villa en la que concretaron su relación.

—¡Eso, amor, más profundo!—gruñó Horace, empujando su polla para que fuera más hondo, loco de pasión, sintiendo que sus testículos podían estallar con tanta semilla que quería hundir en su mujer.

Ella trabajó con su lengua y sus labios para tomar la mayor parte de su miembro, y succionó como si se le fuese la vida en ello, bendita fuera su lujuria tan elevada.

—Voy a poner otro bebé en tu coño esta noche, El. Es hora, Beau necesita un hermano, y la idea de ver tu vientre crecer otra vez me pone a mil...

Ella se hizo atrás y con un ¡pop! la polla quedó libre y la humedad en contraste con el aire nocturno que ingresaba por los visillos le hizo estremecer. Ella se hizo atrás y gateó en reversa, Horace viniendo a ella con energía.

—Date vuelta, El, en cuatro para mí—susurró, y cuando ella lo hizo, le asestó una nalgada fuerte que dejó su palma impresa en el glúteo crema.

—¡Ah, gilipollas, eso duele!—se quejó ella, pero sin fuerza.

—Ábrete para mí, El, déjame entrar... Eso... ¡Joder, esto es cada vez mejor! No puedo esperar a follarte hasta que seamos dos ancianos que no pueden con su cuerpo.

—Menos charla y más follar—dijo ella, y movió su cadera para encontrar sus enviones.

El sonido de los golpes, de la piel en contacto, los gemidos, el ritmo de la pasión se elevó y pronto estalló en vocales exclamaciones de placer.

Luego, él la trajo hacia su pecho y besó su frente y rostro, embelesado por la felicidad del momento, pero en especial por la que sentía a diario desde que había logrado que esta mujer lo mirase con ese amor en sus ojos.

—Tú y Beau, y los niños que vendrán... Son la razón de mi vida, Eleanor. Lo que hago a diario, manejar la fortuna de tu familia, vivir en ese palacio que es la mansión Beaumont, no significa nada si no te tengo.

—Mi norteño sentimental—susurró ella, acariciando su rostro con adoración—. Probamos que podemos vivir sin eso, pero... Ahora que todo está bien, no hay necesidad—rio, cantarina, y él asintió.

—Educaremos a nuestros hijos para que entiendan que tienen mucho, pero hay cosas más importantes.

—Lo haremos. Habrá que luchar, porque lo consienten demasiado. Tienes razón, Beau necesita hermanos.

Horace la rodeó con sus brazos, y Eleanor se apoyó contra su pecho, disfrutando de la paz del momento.

—No creí que pudiésemos encontrar esta paz en Savannah—dijo Eleanor, mirando las luces de la noche.

Horace sonrió, inclinándose para besarla con suavidad y veneración.

—Tampoco yo, y si tuve dudas al retornar, hoy no lo cambiaría por nada. Lo que hemos vivido nos ha llevado aquí, y tenemos lo que nos hace feliz —respondió, entrelazando sus dedos con los de ella.

Eleanor cerró los ojos, disfrutando de la cercanía de Horace, y de la convicción de que su amor se fortalecía a diario. Con Beau creciendo rodeado de amor y bajo la protección de su familia, Eleanor y Horace encontraron un nuevo propósito en su regreso.

—Bésame, norteño—ordenó, y Horace no perdió tiempo, sellando sus labios en un beso intenso, tanto como su personalidad.

Eleanor y Horace reafirmaban su compromiso, seguros de que el futuro les deparaba una felicidad que habían luchado por conquistar. Y aquí crecería su estirpe, noble, orgullosa y libre.

20 años más tarde

La cena transcurría tranquila en la casa familiar de los Beaumont. Ambrose Beaumont, siempre atento a los logros de su nieto mayor, lo observaba con orgullo.

—Beau, el último partido fue increíble. Felicidades, muchacho. Ese brazo tuyo vale oro—dijo, alzando su copa en un brindis.

Beau sonrió y asintió, agradecido por el reconocimiento. Su equipo de la escuela había logrado una victoria importante, y él había sido una pieza clave en el juego.

Pero antes de que pudiera responder, su hermano Rhett intervino, con su tono habitual de guasa, a sabiendas de que su tía Lucille no dejaría pasar el comentario.

—Sí, felicidades, Beau. ¡Y qué bonita la rubia con la que te fotografiaron! ¿Quién es?

—Lo miró con helada fijeza. Gilipollas idiota. El mayor de sus cuatro hermanos era frustrante.

—¡Oh, es preciosa! ¿Sally, Emily?—dijo su hermana Daphne, que no entendía el juego de Rhett así se lo dijeran con pelos y señales.

Era tan ingenua.

—Es hija de un periodista deportivo, creo—agregó Harrison, para regocijo de Rhett, que asintió entusiasta.

—Uno con algunos problemillas de actitud, eso oí—agregó Rhett—. No sé si es conveniente que nuestro amado Beau...

—¡Cállate, gilipollas!—gruñó este.

—¡Lenguaje, jovencito!—dijo su tía Lucille, la ceja elevada—. No parecen las mejores referencias para alguien. Imagino que será una amiga.

Beau se enderezó en su silla, consciente de que su tía lo miraba con desaprobación. Decidió no ocultar la verdad.

—Es mi novia —respondió, manteniendo la compostura—. Se llama Emily, y sí, su padre es periodista.

Miró a su madre de soslayo mientras lanzaba la declaración, y vio que su expresión se endureció al escuchar su respuesta. Beau lanzó una mirada asesina a Rhett, que comía su tarta sin molestarse en sentirse preocupado por la amenaza de su expresión.

Por qué este era un asunto en el que debían meter todos su nariz era algo que no entendía. Y en especial no entendía a su madre. Esta era tan divertida y cariñosa cuando niños.

Con el paso del tiempo, empero, había ido asumiendo una postura mucho más estructurada con los años, acercándose a la de la fastidiosa tía Lucille

—Beau, no sé si es prudente que estés saliendo con la hija de un periodista, especialmente alguien que cubre tus partidos. Podría haber problemas de privacidad, y no queremos que la familia se exponga.

Entonces acudió en su ayuda la queridísima tía Augusta, siempre la aliada, que suspiró con falso dramatismo mientras miraba a su hermana Eleanor con una sonrisa leve pero significativa.

—Eleanor, creo que todos recordamos que a cierta joven también le gustaban las aventuras... y no siempre pensaba en la privacidad —dijo Augusta, sus palabras llenas de una sutileza que logró hacer ruborizar a Eleanor.

Su madre mantuvo su expresión firme, pero bajó la mirada, incómoda. Era sabido que ella había desafiado a su familia para estar con su padre Horace. Era hipócrita que les exigiese compostura y preocuparse por el prestigio de la familia. Lucille aprovechó la oportunidad para volver a tomar la palabra.

—Augusta, eso es cosa del pasado. Eleanor y yo solo queremos asegurarnos de que Beau esté tomando decisiones con sensatez—añadió, mientras se acomodaba en su silla.

Beau miró a su madre y luego a su tía Augusta, agradecido por el apoyo de esta última. Un poco molesto, lanzó una rápida mirada a su madre. ¿Cómo alguien tan pasional en el pasado ahora valoraba más el decoro que la pasión.

El abuelo Ambrose interrumpió las cosas, intentando aliviar la tensión, dio unas palmadas en la mesa y sonrió.

—Bueno, cada generación tiene sus propios desafíos. Estoy seguro de que Beau sabrá manejarlo —dijo, guiñando un ojo a su nieto.

Beau sonrió, pero en su mente, las palabras de su madre y su tía Lucille seguían resonando. Se sentía atado, la verdad, a sus diecisiete años. Había tantas expectativas sobre él como el mayor de los nietos y heredero del imperio de su abuelo, que su padre había hecho crecer tres veces en quince años.

Adoraba a su familia, claro que sí. Su padre era su orgullo y el modelo a seguir, al igual que su abuelo. Su madre siempre estuvo para él, y quitando sus momentos más rígidos, era maravillosa.

Quería a sus cuatro hermanos con fiereza, incluso al idiota de Rhett. Lo tenía todo en sus manos y el futuro aparecía sin manchas. Si seguía el camino que le trazaban. A veces se preguntaba si le llegaría el momento de elegir, y qué pasaría si esto no coincidía con lo que quería. Este con Emily parecía ser un problema.

Tonterías, se dijo. Papá no es sino un hombre pragmático, y debajo de esa pátina de apariencias, mamá nos quiere y respeta. Y siempre tengo a la tía Augusta en mi rincón. El único futuro por el que tengo que preocuparme es el del equipo.

Sonrió, e hizo un gesto de burla a Rhett, que rodó sus ojos. Daphne, Harrison y Eliza rieron al verlo. Sí, todo estaría bien.

¿Te gustó? Pues espero que te haya enganchado, y que ansíes saber más. La próxima historia, primera novela completa, será la BEAU.

La apuesta del millonario

EN ESTE ENLACE, TODOS LOS DETALLES: DEL LANZAMIENTO:
subscribepage.io/Uu7Okf

FIN